

LOS AÑOS TREINTA Y CUARENTA DESDE ABAJO: LA HISTORIA SOCIAL Y LA HISTORIOGRAFÍA RECIENTE SOBRE LA SEGUNDA REPÚBLICA, LA GUERRA CIVIL Y LA PRIMERA POSGUERRA

*The Thirties and Forties from bellow: Social History
and recent historiography about the Second
Republic, the Civil War and the first postwar period*

José Luis LEDESMA
Universidad Complutense de Madrid (UCM)
jledesma@ucm.es

Fecha recepción: 18/10/2017; Revisión: 24/10/2017; Aceptación: 08/11/2017

RESUMEN: Este artículo propone un recorrido por lo que se ha escrito sobre la Segunda República, la guerra civil y los primeros años de posguerra desde el punto de vista de la historia social. Su objetivo es reflexionar sobre las presencias y ausencias de esa forma de escribir historia en las últimas décadas y sobre cómo cambian nuestras formas de escribir historia a lo largo del tiempo. El texto argumenta que la historia social desempeñó un papel importante en los orígenes de la historiografía española sobre la Segunda República, la guerra civil y la posguerra; que desde la década de 1990 se ha renovado, pero su protagonismo se ha visto muy mermado; y que, como muestra su nuevo brío en el estudio de la posguerra, el enfoque «social», renovado y depurado de anteriores lastres y problemas, puede ser aún muy útil e incluso dinamizar el estudio crítico y la representación de nuestro pasado reciente.

Palabras clave: historiografía; historia social; II República; Guerra Civil española; franquismo.

ABSTRACT: This article revisits what has been written about the Spanish Second Republic, the Civil War and the postwar years from the point of view of social history. Its objective is to reflect on the presences and absences of that way of writing history

in the last decades and on how our ways of writing history change over time. The text argues that social history played an important role in the origins of Spanish historiography on the Second Republic, the Civil War and the postwar period; that since the 1990s it has been renewed but its prominence has been greatly diminished; and that, as shown by his newfound spirit in the post-war study, the «social» approach, renewed and refined from previous burdens and problems, can still be very useful and even boost the critical study and representation of our recent past.

Key words: historiography; social history; spanish Second Republic; spanish Civil War; francoism.

1. APERTURA: CUALQUIER ENFOQUE PASADO FUE ¿PEOR?

En cierta ocasión, un colega historiador me invitó a dar una charla conjunta sobre la guerra civil de 1936-1939 en la biblioteca pública de un barrio madrileño. No fue precisamente un acto multitudinario: apenas éramos diez las personas allí reunidas. Quizá por eso mismo distó de ser un acto académico al uso. En lugar de que los dos historiadores pontificáramos, se entabló un diálogo más horizontal con los asistentes. Uno de ellos en particular nos aguijoneó con preguntas, dudas y contraargumentos. En un momento determinado, nos preguntó por qué los historiadores contamos la guerra solo desde la perspectiva de los dirigentes y los grandes hechos. Le respondimos que hace bastante tiempo que eso ya no es así y que ambos nos consideramos historiadores sociales. A lo que él contestó que qué era eso y que no había oído que habláramos de la gente de abajo, que es la que lleva el peso de toda guerra.

Nuestro interlocutor no pareció muy convencido con nuestra respuesta, y a mí me suscitó más bien interrogantes. Hacía mucho que no me había planteado si soy un historiador social. Como tantos y tantas de mi generación, me formé leyendo y disfrutando a los clásicos de la historia social, sobre todo británica y francesa, y seguramente es el modo de escribir historia con el que me identificaría más. Pero tal vez valga también aquí aquello de que entre el dicho y el hecho hay un trecho. Acaso nuestra respuesta al asistente a aquella charla no había sido enteramente precisa. Es cierto que hace tiempo que la historia de la guerra dejó de escribirse únicamente en términos de grandes hombres y batallas, pero también puede serlo que la historia «desde abajo» no pase por su mejor momento.

Lo que propongo en estas páginas es partir de esa pregunta para plantearla al nivel más general de la literatura historiográfica española reciente. Se trata de pasar revista a lo que se ha escrito sobre la Segunda República, la guerra civil y los primeros años de posguerra desde el punto de vista de la historia social y utilizarlo para reflexionar sobre las presencias y ausencias de esa forma de escribir historia en los últimos lustros. Y se trataría de aportar así algún interrogante sobre nuestra praxis como historiadores en esta centuria, en este caso a propósito de los años treinta y primeros cuarenta del siglo xx español. El punto de partida es una doble

consideración. Por un lado, que quienes estudiamos el pasado prestamos a menudo más atención a la evolución y factores que condicionaban el modo de hacerlo de quienes nos precedieron que a lo que nos influye y determina al hacerlo por nuestra parte hoy mismo. Y, por otro lado, que quizá no es inútil preguntarnos por las implicaciones que pueden tener los cambios en los enfoques con los que lo hacemos. Qué duda cabe que el proceso colectivo de producción de conocimiento se beneficia de que nuevas perspectivas y conceptos complementen y sustituyan a los precedentes. Las sociedades cambian, las generaciones se suceden y todo eso influye en la aparición de nuevas preguntas y enfoques. Pero también podría ocurrir que, al superar lo viejo y derribar anteriores ídolos, y en aras de la novedad y de lo que parece más sofisticado, estemos dejando de lado enfoques útiles y que, al dar cosas por supuestas, dejen de aparecer en los relatos que construimos sobre el pasado.

Como se puede ver, en este texto no va a haber, por tanto, grandes descubrimientos. Difícil es siempre hacer novedosas aportaciones si se pasea por la oceánica historiografía sobre los años treinta y primeros cuarenta del siglo pasado. Cuando los títulos sobre esa década larga se cuentan por miles, todo balance será por fuerza incompleto. Pero tampoco el otro miembro de esta pareja de baile pone las cosas fáciles. Dejamos para líneas más abajo los problemas a la hora de definir la historia social. Pero valga apuntar aquí que se hace arduo delimitar los trabajos que usan ese enfoque, porque la nómina de los que lo hacen dependerá de dónde pongamos sus lindes. A ello se añade también que sigue a menudo perspectivas de medio y largo plazo, por ejemplo, a la hora de estudiar fenómenos como los procesos de urbanización y capitalización de la economía y sus impactos sobre los tejidos sociales, modos de vida y comportamientos políticos. En verdad, eso parece casar mal con la parcelación en fechas ligadas a un tiempo corto como las de la Segunda República, la guerra y su primera posguerra.

En este texto se argumenta que la historia social desempeñó un papel importante en los orígenes de la historiografía española sobre la Segunda República, la guerra civil y la posguerra, sobre todo entre las décadas de 1970 y 1990, pero que a partir de esa última década del siglo pasado, y desde luego en lo que llevamos de este, su protagonismo se ha visto muy mermado. Tampoco eso es una conclusión extraordinaria. Refleja una tendencia general en el conjunto de la literatura historiográfica española y occidental. Lo que aquí se hace es tomar como ejemplo el estudio de la andadura del régimen de 1931, de la guerra que le siguió y del inicio de su posguerra para comprobar esa tendencia general con algún detalle, explorar sus particularidades en este caso concreto y preguntarnos por la utilidad y fortuna que pueda tener aún la historia social de cara a estudiar y relatar esos años.

Lo que anima este ejercicio no es una mera nostalgia hacia los viejos modos y respuestas. No se propone tampoco rechazar y negar la mayor de todo lo hecho desde otros enfoques, que quien esto firma ha utilizado y utiliza y que ha posibilitado enriquecer y abrir los relatos historiográficos a otras voces, sujetos

históricos, categorías, ámbitos temáticos, perspectivas y cartografías cognitivas¹. Eso sí, conviene recordar que, de paso, ha excluido y silenciado otros. Por eso, de lo que se trata aquí es de tomar como campo de interrogación la literatura histórica sobre los años treinta y primeros cuarenta del siglo pasado para reflexionar sobre cómo cambian nuestras formas de escribir historia a lo largo del tiempo. Tras ese cambio está no solo la aparición de nuevas fuentes, porque la producción de conocimiento no es un mero proceso acumulativo. Entran en juego la emergencia de las preguntas, sensibilidades y marcos conceptuales que legan cada generación y cada tiempo y que sustituyen a los anteriores, pero que a su vez tienen que ver con las cambiantes relaciones sociales y de poder que atraviesan y que convierten así en política, de un modo u otro, toda actividad colectiva como la propia historiografía. Por eso, tal vez un ejercicio así pueda decirnos algo sobre nuestros modos de interpretar el pasado y, de paso, sobre el presente desde el que lo historiamos.

2. HISTORIA SOCIAL, HISTORIAS SOCIALES

Hoy en día no parece un buen momento para ser historiador social. Ha llovido mucho y han cambiado muchas cosas desde que dijo que sí lo era el gran historiador marxista británico Eric J. Hobsbawm allá por 1971. Entonces, esa forma de historiar el pasado parecía irresistible. Diez años después, según el apunte posterior de un historiador español, se estaba aún en el mejor momento de la historia social. A principios de los años noventa, ya no parecía serlo tanto y, aunque la historiografía española ha llegado a veces a los sitios cuando otras ya se iban, entre otras cosas por los retrasos impuestos por las décadas de dictadura franquista, también entre nosotros se percibían los síntomas de la crisis. Un cuarto de siglo después, la historia social está hoy muy lejos de ocupar el centro de nuestra práctica historiográfica. Tan es así, y en esto reproducimos una dinámica general en el ámbito occidental, que uno de los resultados de ese viaje de ida y vuelta es que sus contornos parecen haber quedado desdibujados. Ni siquiera es fácil saber de qué hablamos cuando nos referimos a la historia social².

1. En este mismo dossier aparece un completo balance de la historia cultural, que sintetiza sus logros y posibilidades (GLONDYS, Olga: «El giro cultural en la Historia Contemporánea española: nuevas complejidades, aperturas metodológicas y testimonios de la praxis»).

2. Lo de Eric J. HOBBSBAMM, en su conocido «From Social History to the History of Society», de 1971, editado en castellano como «De la historia social a la historia de la sociedad», *Historia Social*, 10, 1991, pp. 5-25. La distinta situación 20 años después. En: ELEY, Geoff: «Is All the World a Text? From Social History to the History of Society Two Decades Later». En: McDONALD, Terrence J. (ed.): *The Historic Turn in the Human Sciences*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1996, pp. 193-243 (p. 193) y, para España, JULIÁ, Santos: *Elogio de Historia en tiempo de Memoria*. Madrid: Marcial Pons, 2011, pp. 65-78 («El mejor momento de la historia social») y CASANOVA, Julián: *La historia social y los historiadores*. Barcelona: Crítica, 1991.

Aunque sus fronteras nunca fueron nítidas, tampoco durante su «edad de oro», los éxitos pasados de la historia social pudieron soslayar las dificultades de su definición. Su «crisis» los desveló y seguramente intensificó. Aunque la amplísima literatura que ha abordado en términos teóricos y definitorios la historia social hace arriesgado cualquier balance, se puede decir que los obstáculos para proyectar una mirada sobre ella empiezan con su propia identificación y definición, por los distintos significados que tiene el término y las variantes a menudo dispares de su uso. La misma fortuna de que llegó a disfrutar a lo largo de buena parte de la segunda mitad del siglo xx es en buena medida causa no solo de su crisis y retraimiento posteriores, sino también de su indefinición.

Esbozando con trazo grueso algo mucho más complejo, podría decirse que por social cabía entender, por un lado, una historia con pretensiones holísticas, las de reconstruir de modo integral las sociedades pasadas. De manera algo menos ambiciosa, podía ser en general una historia de los procesos y estructuras sociales, de los grupos sociales y las relaciones entre sí y de los cambios en esas estructuras y en los modelos socioeconómicos, por oposición a la que tradicionalmente se basaba más en eventos, personajes y cúpulas políticas. Pero también podía ser una historia dedicada a dimensiones «sectoriales» de esas sociedades como los grupos sociales y las relaciones entre ellos, el impacto sobre las gentes de toda condición de los grandes procesos históricos —la industrialización, el crecimiento del Estado moderno, etc.—, las formas y manifestaciones de conflicto, las políticas sociales de los Estados, el mutualismo obrero, las culturas populares, la historia urbana y los modos de vida, trabajo, mentalidades, sociabilidad y cotidianeidad de las poblaciones. Desde un punto de vista más metodológico, la historia social más o menos clásica sería una forma de estudiar el pasado que priorizaría enfoques analíticos cercanos a los de las ciencias sociales a costa de los métodos tradicionales de la historiografía, y que incorporaría tanto valoraciones cuantitativas como descripción y explicación. Y, por último, recogiendo en parte algo de lo anterior, era posible entenderla como una historia escrita «desde abajo», por oposición a la historia política más o menos tradicional, y, por tanto, protagonizada no tanto por los grandes personajes y hechos de la política institucional cuanto por los actores colectivos y los grupos subalternos, con sus acciones, movimientos y formas de resistencia a los sistemas políticos y órdenes sociales (o de aceptación y apoyo a los mismos).

Claro que los lábiles contornos de la historia social están marcados, además, por las cambiantes y a menudo conflictivas fronteras con la historia económica, política y cultural. En las intersecciones con ellas han crecido cosas que resulta arduo concretar si caben en alguna definición de historia social. Ahí estarían la historia sociocultural, que para Natalie Z. Davis era la «nueva historia social», solo que interesada por las formas de percepción, lo simbólico y la estructura de los relatos, y también lo que en Francia se llamaría *histoire sociale du politique*. Y está asimismo el hecho de que existen versiones dispares, más y menos finas. Sobre todo durante su llamada edad de oro, en la historia social se desarrolló, por ejemplo, una versión menos refinada, vinculada a menudo a un uso mecanicista y catequístico

del materialismo histórico que usaba sus conceptos como respuestas apriorísticas en las que encajar la realidad estudiada. El modelo causal en el que reposaba, el de ver la acción, la política y las subjetividades como reflejos de la realidad social, parecía entonces insuperable. Pero tras la apariencia y jerga científicas, las peores formas de esos relatos contribuyeron a sembrar de dudas ese mismo modelo y a generar la búsqueda de otros. Eso sí, ni toda la historia social ni todos los enfoques materialistas incurrieron en simplificaciones de ese tipo, como bien muestran los mejores y conocidos exponentes de la historiografía marxista británica, de las primeras generaciones de *Annales* en Francia o de la historia de la sociedad y la *Alltagsgeschichte* alemanas³.

En España no contamos con algo de ese nivel. Hubo que contentarse con la asimilación más o menos sólida y fiel o apresurada y tardía de lo que se había construido fuera. Pero se tratara o no de un «secano español», historia social había. Desde 1990, existía y celebraba congresos una Asociación de Historia Social. Y aunque a inicios de esa misma década dejaba de publicarse la revista *Estudios de Historia Social*, desde 1988 aparecía *Historia Social*, convertida pronto en una de las publicaciones periódicas de referencia en el ámbito historiográfico español⁴.

3. LA «EDAD DE ORO» DE LA HISTORIA SOCIAL SOBRE LA CRISIS DE LOS AÑOS TREINTA

Y haberla, habíala asimismo en lo referente al estudio de la década larga de República, guerra y principio de la posguerra. En realidad, los primeros pasos de la historiografía sobre esos periodos no apuntaban precisamente a la sensibilidad por lo social. En plena dictadura, lo que se estudiaba sobre ellos dentro del país era poco, pues cosa muy distinta eran los torrentes de publicística oficial franquista y literatura hagiográfica y martirial sobre el «Glorioso Movimiento Nacional», la «Cruzada», sus antecedentes y la «Victoria» contra la «Anti-España», y dentro de ese poco difícilmente podría encontrarse algo de «social»; se trataba más bien

3. Huelga decir que las cuestiones aquí apuntadas han originado ríos de tinta. Por citar solo algunos, para lo anterior me he apoyado en títulos tan diversos, algunos de ellos clásicos, como el citado CASANOVA, J.: *La historia social...*, *op. cit.*; FONTANA, Josep: *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Crítica, 1982, caps. 7, 12 y 13; *id.*: *La historia después del fin de la historia*. Barcelona: Crítica, 1992, pp. 9-13; DOSSE, François: *L'histoire en miettes. Des «Annales» à la «nouvelle histoire»*. Paris: La Découverte, 1987, pp. 95-160; CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Cátedra, 2001; ELEY, Geoff y NIELD, Keith: *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?* Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2010; SANZ, Julián; BABIANO, José y ERICE, Francisco (eds.): *E. P. Thompson. Marxismo e historia social*. Madrid: Siglo XXI, 2016. Lo de N. Z. DAVIS, en su «Las formas de la historia social», *Historia Social*, 10, 1991, pp. 177-182.

4. Lo del «secano», en CASANOVA, J.: *La historia social...*, *op. cit.*, pp. 159-166. Una muestra panorámica a la historia social a la altura de ese mismo año 1991, en CASTILLO, Santiago (ed.): *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*. Madrid: Siglo XXI, 1991, actas precisamente del I Congreso de la Asociación de Historia Social.

de historia heroica y político-militar en su sentido más convencional⁵. Menos rancio, y más adaptado a los cánones de la disciplina, era lo que se escribía fuera, de donde llegan lo que se considera primeras obras de historia propiamente dicha sobre la República y la guerra. Pero aunque aparecían en los años sesenta, cuando la historia social florecía por doquier, la mayoría de esos trabajos no tenían mucho de ella. Como ha sido explicado muchas veces, lo que definía la obra del grueso de aquellos pioneros hispanistas era la naturaleza generalista y política de su enfoque y el individualismo metodológico que lo orientaba, el talante liberal de sus autores y su obsesión por explicar por qué la República acabó en guerra. Todo ello les llevaría a privilegiar el papel de los grandes dirigentes, la política institucional y el tiempo corto frente a los factores de largo plazo, los actores colectivos y sus lógicas y dinámicas.

Sin embargo, incluso entre los más liberales como H. Thomas o G. Jackson se aludía a las relaciones, clases y luchas sociales. Y, sobre todo, otros, los más influidos por el marxismo, como P. Broué y E. Témime o después R. Fraser y el primer P. Preston, describían la crisis de los años treinta como el resultado de una crisis de dominación y la guerra civil como una «guerra de clases» y social. Ese último autor encuentra una «guerra agraria» en el sur peninsular y, para él, «la guerra se hizo para beneficio de los latifundistas y ellos fueron los vencedores»⁶. Pero, para lo que aquí nos interesa, sobre todos ellos se alza la figura crucial que fue M. Tuñón de Lara. Tuñón hizo de puente entre lo que ensayaban en Francia historiadores sociales de *Annales* y marxistas y la historiografía española. Sus trabajos sobre el primer tercio del siglo XX, y luego la República, la guerra y el franquismo, elaboraron un relato que se basaba en lo que definió en un libro homónimo como «metodología de la historia social». En ella, resultan centrales ideas y categorías de orientación marxista como los desfases entre el desarrollo capitalista y la escasa modernización política, el largo proceso de «crisis estructural» y de dominación del bloque hegemónico que de lo anterior se habría derivado y la fórmula armada acometida por ese bloque en julio de 1936 para recuperar el poder político⁷.

5. A modo meramente orientativo, véanse títulos como DE LA CIERVA, Ricardo: *Historia de la guerra civil española*. Madrid: San Martín, 1969; SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: *Historia del Ejército Popular de la República*. Madrid: Ed. Nacional, 1973, 4 vols.

6. Véanse por ejemplo THOMAS, Hugh: *Historia de la Guerra Civil española*. Barcelona: Grijalbo, 1976; JACKSON, Gabriel: *La República española y la guerra civil, 1931-1939*. Barcelona: Crítica, 1976 [1965]; BROUÉ, Pierre y TÉMIME, Émile: *La revolución y la guerra de España*. México: FCE, 1962; BROUÉ, Pierre: *La revolución española (1931-1939)*. Barcelona: Península, 1977; FRASER, Ronald: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*. Barcelona: Crítica, 1979, 2 vols.; BROUÉ, Pierre; VILLAR, Pierre y FRASER, Ronald: *Metodología histórica de la guerra y la revolución españolas*. Barcelona: Fontamara, 1980; PRESTON, Paul: «La guerra agraria en el sur», en *id.* (ed.): *Revolución y guerra en España, 1931-1939*. Madrid: Alianza, 1986 [1984], pp. 141-157 (cita en p. 157).

7. Véanse entre otros trabajos de TUÑÓN DE LARA, sus *Metodología de la historia social de España*. Madrid: Siglo XXI, 1984 [1973]; *Tres claves de la Segunda República: la cuestión agraria, los aparatos del Estado, Frente Popular*, Madrid: Alianza, 1985; *id. et al.*: *La guerra civil española, 50 años después*. Barcelona: Labor, 1985; *id.* y BIESCAS, José Antonio: *España bajo la dictadura franquista (1939-1975)*.

Todo eso habría de influir en la historiografía hecha desde dentro del país cuando el final de la dictadura de Franco la empezó a hacer posible después de décadas de imposible estudio académico. En aquella coyuntura en la que casi todo se hacía de nuevas y había que improvisar una agenda colectiva de investigación, esta se vio influida no solo por la perspectiva política de los primeros hispanistas —y del torrente de memorias de los protagonistas de aquellos periodos—. La orientaban también esos enfoques sociales, que debían mucho al materialismo histórico⁸.

La consideremos siempre historia social o no, los objetivos, la causalidad, el vocabulario, los ámbitos temáticos y la atención a los actores colectivos que le son característicos aparecen en mayor o menor medida en buena parte de la producción bibliográfica de las décadas de 1970 y 1980. Lo hacen en miradas globales a los años treinta y al régimen franquista en su etapa constitutiva, por ejemplo, al definir a este último por su naturaleza fascista y su «función social» de cierre de la crisis del Estado abierta en los años treinta. Estaban presentes al explorar cómo fueron fraguando ideologías de la violencia desde la crisis del régimen liberal hasta el estallido bélico de 1936, al estudiar los cambios que introdujo la guerra en la hegemonía y las relaciones sociales en la zona republicana, o al definir la contienda como ejemplo clásico de «guerra específicamente social», en la medida que a ambos lados de las trincheras había procesos que involucraban desde la forma del Estado a las relaciones entre clases⁹. Aparecen asimismo en un buen número de monografías sobre marcos reducidos que trataban de integrar en un solo volumen lo económico, social y político y buscaban discernir cómo los primeros influían en el último (por ejemplo la estructura y coyuntura económicas y el régimen de propiedad de la tierra en las ideologías y comportamientos políticos y electorales)¹⁰.

Labor: Barcelona, 1980; *id.*: «Orígenes lejanos y próximos». En: *id.* (dir.): *La guerra civil española, 50 años después*, Barcelona: Labor, 1985, pp. 7-44. Para otros hispanistas de entonces con enfoques «sociales», *vid.* BLINKHORN, Martín: *Carlismo y contrarrevolución en España*. Barcelona: Crítica, 1979 [1975]; BERNECKER, Walther: *Colectividades y revolución social. El anarquismo en la guerra civil española, 1936-1939*. Barcelona: Crítica, 1982 [1978]; GILMORE, David: *The People of the Plain: Class and Community in Lower Andalusia*. Nueva York: Columbia U.P., 1980.

8. Sintetizo y completo aquí argumentos ensayados de manera más amplia, estudiando el papel del marxismo en la historiografía sobre los años 1931-1939, en «Marxismo, materialismo histórico y el estudio de la II República y la guerra». En: ALÉN, José (ed.): *Historiografía, marxismo y compromiso político en España. Del franquismo a la actualidad*. Madrid: Akal, 2018 (en prensa).

9. Por este orden, PRESTON, Paul: *La política de la venganza*. Península, Barcelona, 1997 [1990]; CASANOVA, Julián: «La sombra del franquismo: ignorar la historia y huir del pasado». En: *id.* (ed.): *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid: Siglo XXI, 1992, pp. 1-28; ARÓSTEGUI, Julio: «La República en guerra y el problema del poder», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 4, 1985, pp. 7-19; *Id.*: «Conflicto social e ideología de la violencia, 1917-1936». En: DELGADO, José L. (ed.): *España, 1898-1936. Estructuras y cambio*. Madrid: Universidad Complutense, 1984, pp. 309-343; *id.*: «Los componentes sociales y políticos». En: TUÑÓN DE LARA, M. (dir.): *La guerra civil española... op. cit.*, pp. 45-122.

10. Entre otros muchos, ROMERO, Carmelo: *Soria, 1860-1936. Aspectos demográficos, socioeconómicos, culturales y políticos*. Soria: Diputación de Soria, 1981; GERMÁN, Luis: *Aragón en la II República. Estructura económica y comportamiento político*. Zaragoza: IFC, 1984; LÓPEZ LÓPEZ, Alejandro: *El boicot*

Como es obvio, porque es un tradicional campo de estudio de la historia social, no faltan en la bibliografía de esos años sobre el movimiento obrero, sus organizaciones y sus luchas en la década de 1930. Y, desde luego, los encontramos en la literatura consagrada a las diferentes formas de conflicto social y político y violencia que presenciaron tanto los años republicanos en paz como el trienio bélico en los ámbitos urbanos y sobre todo rurales. Ahí cabe, en primer lugar, la amplia veta de estudios sobre la conflictividad en la Segunda República, que partía del énfasis puesto por autores como Tuñón y E. Malefakis en la desigual distribución de la propiedad como factor explicativo, y que se inspiraba también en la sociología rural de esos años. Monografías sobre áreas latifundistas meridionales, pero también sobre regiones septentrionales, argumentaban que la conflictividad del periodo era inseparable del injusto régimen de propiedad de la tierra, del desarrollo capitalista de la agricultura y de la polarización política en que eso se habría traducido en la coyuntura política republicana, y que de hecho la violencia al inicio de la guerra —sobre todo la sublevada— habría sido la expresión máxima a que llegó esa «lucha de clases»¹¹. No en vano, ese es uno de los ámbitos de estudio de esa contienda donde se ven el utillaje, preguntas y respuestas de la historia social. Así, en las primeras monografías sobre la violencia desatada en ambas retaguardias, se indaga en los perfiles no solo políticos, sino también sociales de sus víctimas y se resalta lo que tuvo de destrucción de tejido social y de base para la construcción o reconstrucción de determinados órdenes sociales. En una de ellas, se concluía que «la problemática social de la época», sobre todo las desigualdades generadas por el problema de la tierra, «lo explicaba todo». Pero hablando de tierra y guerra, el enfoque vinculado a la historia social estaba asimismo en otros ámbitos como la actuación y realizaciones revolucionarias al inicio del conflicto, entre otras las colectividades¹².

En todo aquello, era evidente la presencia del materialismo histórico, con sus preguntas, categorías y respuestas. Pero con marxismo o sin él, al menos entre mediados de la década de 1970 y finales de la siguiente, la historia social parecía la más pujante forma de historiar los años treinta y lo aún poco que se hacía sobre los primeros cuarenta. Varios factores explican que así fuera. En primer lugar, es

de la derecha a las reformas de la Segunda República. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1984.

11. V. gr. PÉREZ YRUELA, Manuel: *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba (1931-1936)*. Madrid: Ministerio de Agricultura, 1979; PASCUAL CEBALLOS, Fernando: *Luchas agrarias en Sevilla durante la Segunda República*. Sevilla: Diputación Provincial, 1983; MAJUELO, Emilio: *Luchas de clases en Navarra (1931-1936)*. Pamplona: Gobierno de Navarra, 1989. Lo de Edward MALEFAKIS, en su clásico *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo xx*. Barcelona: Ariel, 1971 [1970].

12. Véanse por ejemplo CASANOVA, J. (ed.): *El pasado oculto, op. cit. ...*; SOLÉ I SABATÉ, Josep M. y VILLARROYA, Joan: *La repressió a la reraguarda de Catalunya (1936-1939)*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1989, 2 vols.; MORENO, FRANCISCO: *La Guerra civil en Córdoba (1936-1939)*. Madrid: Alpuerto, 1986 (de cuya p. 239 viene la frase entrecomillada); y GARRIDO, Luis: *Colectividades agrarias en Andalucía: Jaén (1931-1939)*. Madrid: Siglo XXI, 1979.

obvio que en todo ello tenía que ver el influjo o «edad de oro» que había vivido la historia social desde mediados de siglo en el mundo occidental. Era el tiempo de los enfoques holistas y sociales en un sentido amplio. Para una parte importante del gremio, había que superar la historia de reyes y gobernantes, la que veía la política institucional y partidista como terreno autónomo, preferencial e incluso único posible de la investigación histórica. Para ello, y con la aspiración final de construir una «ciencia social histórica», se trataba de explorar la influencia y determinación que suponían las condiciones económicas y sociales y los conflictos entre los diferentes grupos sociales¹³.

En segundo lugar, aunque tarde, eso también había llegado a España. Y lo hacía además entre el ocaso del franquismo y los primeros años de la democracia. Escribir historia era entonces un modo de intervenir en aquel horizonte abierto y no parecía problemático vincular esa actividad a un cierto compromiso. Por si fuera poco, a esos criterios políticos e ideológicos se sumaban una lógica de recambio generacional y el contexto de ampliación de las plantillas universitarias que propiciaron los primeros gobiernos democráticos. Y ahí estaba para aprovecharlo una nueva generación de jóvenes historiadores formados a menudo en contacto con un materialismo histórico y una historia social procedente de otras latitudes que resultaban inmejorables para matar en términos freudianos al padre que era la historiografía oficial franquista. Y, por último, si esos enfoques daban ya sus frutos desde tiempo atrás estudiando otras latitudes del pasado ibérico, como la crisis del Antiguo Régimen, la revolución burguesa o las organizaciones y luchas del movimiento obrero, la crisis de los años treinta y sus secuelas no podían ser una excepción. La lucha por el pasado más reciente se había convertido, al menos desde el otoño de la dictadura, en «un arma ideológica de oposición y denuncia»¹⁴. Historiar las etapas republicana y bélica era un modo de situarse ante un presente definido por la efervescencia social y política, y hacerlo además desde la historia social le añadía entonces un innegable atractivo. A fin de cuentas, y aunque muy diferente del de la década de 1930, se trataba también de un contexto de cambio político e intensa movilización social.

Así las cosas, no es exagerado afirmar que buena parte de lo que se escribía sobre la década de 1930 y principios de la de 1940 durante las de 1970 y 1980 se hizo desde las posiciones de la historia social. Los logros no fueron pocos. Por un lado, y no era poca cosa, esa forma de hacer historia orientó en buena medida los primeros pasos de la producción historiográfica sobre la República, la guerra y

13. Además de los textos citados en las primeras notas de este trabajo, véanse otros como КОСКА, Jürgen: *Historia Social. Concepto, desarrollo, problemas*. Barcelona: Alfa, 1989; vv. AA.: «Dos décadas de historia social», *Historia Social*, 10, 1991, monográfico insustituible con textos de autores como E. P. Thompson, Alf Lüdtke, Carlo Ginzburg, Theda Skocpol, Roger Chartier o los ya citados de E. J. Hobsbawm y N. Z. Davis; PIQUERAS, José Antonio: *La era Hobsbawm en historia social*. Ciudad de México: El Colegio de México, 2016.

14. PEIRÓ, Ignacio y PASAMAR, Gonzalo: *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos*. Madrid: Akal, 2002, p. 29.

su posguerra. Por otro, sus claves de lectura marcaban una cesura radical con los burdos relatos franquistas, sobre cuya demolición se construyó en buena medida esa historiografía; pero añadían también algo nuevo respecto de los enfoques estrechamente políticos que cultivaba otra parte del gremio.

Varios lustros después, y sobre todo si nos quedamos con los productos más toscos de lo que se hizo entonces, puede parecer escasa novedad. Pero, por entonces, en el universo político e intelectual anterior a la caída del Muro de Berlín, las sensibilidades e intereses eran diferentes. A eso se añadía además que los primeros relatos historiográficos de la crisis de los años treinta estaban ordenados a menudo por el empirismo *évènementiel* y la narración política que procedían del primer hispanismo. En ese marco, rastrear el papel desempeñado por las «clases populares», buscar las interconexiones entre las estructuras socioeconómicas y la esfera política e incluso aspirar a explicaciones generales para una sociedad pasada vista como un todo parecía tener sentido. Suponía concebir la política no solo como el terreno de lucha por el poder gubernamental entre grandes figuras y partidos, sino como un escenario más amplio en el que se plasman y libran conflictos entre grupos sociales, entre ellos movimientos populares, clases y otros protagonistas colectivos.

Y, por último, todo aquello generó obras de dispar valor, pero entre ellas están algunas de las obras señeras de la historia social contemporaneísta española. Valgan solo tres ejemplos editados hacia mediados de la década de 1980. En una de ellas, se buceaba en los «orígenes sociales» del 1934 asturiano y, frente a la simplificación de determinados modelos «sociológicos», se encontraba que entre los mineros había no tanto uniformidad cuanto pluralidad de situaciones e incluso divisiones internas. En otra, un estudio de la revolución social en Aragón, se subrayaba que el inicio de la guerra civil había supuesto que «la lucha de clases iba a resolverse por procedimientos armados» y que, sin embargo, en esa revolución habían entrado en juego otros factores como el colapso del Estado republicano, el surgimiento de poderes revolucionarios o las relaciones no siempre armónicas entre sus líderes y milicias y las poblaciones locales¹⁵. La tercera era un sofisticado trazado de los orígenes de la «gran confrontación de clases» en el Madrid de 1933-1934. Lo hacía, además, frente al tradicional énfasis en las «causas políticas», privilegiando sus «determinantes sociales», la «múltiple determinación» de factores económicos, laborales, políticos y organizativos. Lo que el libro encontraba era la quiebra de los mecanismos previos de conciliación y representación política y la constitución de «diferenciadas conciencias de clase»¹⁶.

15. SHUBERT, Adrian: *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*. Barcelona: Crítica, 1984; CASANOVA, Julián: *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*. Madrid: Siglo XXI, 1985.

16. JULIÁ, Santos: *Madrid 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*. Madrid: Siglo XXI, 1984.

Eso sí, no era oro todo lo que relucía. En primer lugar, la bibliografía de esos años sobre la República, la guerra y la primera posguerra no seguía unánimemente esos caminos y enfoques. Muchas otras monografías recorrían otros más tradicionales, y ocurría lo mismo en varias obras colectivas y miradas de conjunto sobre esos periodos. Un buen ejemplo es quizá el más notorio de los frescos colectivos de la guerra civil surgidos al calor de su cincuentenario, a mediados de los años ochenta. La obra se traducían en términos generales en una historia mucho más político-institucional y empirista que «social» o «desde abajo» y en ella los conflictos sociales o los actores colectivos ocupaban un papel mucho menor que los dirigentes y partidos políticos, los caudillos militares o los intelectuales. Si la colección era significativa, y por su nómina de autores lo era, la historia social no parecía monopolizar la historiografía sobre esos años, o al menos sobre la guerra¹⁷.

Tampoco debería sorprendernos demasiado. La supuesta hegemonía de la historia social en los estudios sobre los años treinta y cuarenta en las décadas de 1970 y 1980 nunca fue absoluta. De hecho, hay razones para concluir que se trató quizá de un dominio parcial y hasta cierto punto efímero. Bloqueados por la dictadura de Franco, los enfoques «sociales» llegaron algo tarde a España. Lo hicieron cuando se anunciaban los signos de su crisis y surgían propuestas alternativas en la historiografía y demás disciplinas sociales del ámbito occidental. Pronto se encontraron además con el impacto de lo que desencadenó la caída del Muro de Berlín, pero las dudas y cuestionamientos venían ya de atrás. Por añadidura, esa llegada fue aun más tardía en el estudio de la crisis de los años treinta que al de otros temas y periodos: el papel nuclear que ocupaban en la mitología franquista hizo de ellos hasta 1975, y en buena medida hasta más tarde, un terreno particularmente sensible y problemático para la investigación. Así las cosas, la historia social nunca lograría desbancar a la historiografía más política y *événementielle* heredada de los pioneros hispanistas y en ningún caso puede hablarse de que forjaran una escuela hegemónica para el estudio de los años treinta y primeros cuarenta españoles.

En segundo lugar, entre lo que se hacía identificado con la historia social, no todo tenía la misma valía. Cuando se releen tiempo después, algunas obras parecen ejemplificar bien esa versión menos lograda de la historia social que a menudo se inspiraba en un uso reduccionista y apriorístico del peor materialismo histórico. De hecho, las críticas se hicieron ya entonces, incluso desde quienes cultivaban la historia social. Un buen botón de muestra está en un dossier de la revista *Historia Social* dedicado precisamente a «Debates de historia social en España». En él, un artículo repasaba lo escrito sobre la guerra civil y apuntaba que en ocasiones se había ido demasiado lejos a la hora de aplicar el utillaje del materialismo histórico, por ejemplo, al definir las clases sociales en términos puramente económicos y al

17. MALEFAKIS, Edward (ed.): *La guerra de España, 1936-1939*. Madrid: El País, 1986 [con una segunda edición en Madrid: Taurus, 1996], entrecomillados en pp. 2-3. Otro ejemplo, aunque fueran las actas de uno de los encuentros organizados por Tuñón de Lara, es GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *La II República española. Bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936*. Madrid: Siglo XXI, 1988.

ver la política como rígidamente determinada por la base material y productiva. El texto concluía que había que completar todo eso con otras claves de lectura que incorporaran la acomodación y apoyos sociales al orden social, o el peso de factores como la naturaleza represiva e ineficaz del Estado, la tradición intervencionista del Ejército, el papel de la Iglesia católica como mediadora social y cultural o el marco de oportunidades políticas abiertas por la Segunda República y la guerra. En el mismo dossier, otro texto cuestionaba la validez de la interpretación del franquismo que lo emparenta con los fascismos. El autor consideraba impreciso definir a un régimen hablando de su misión histórica, como si solo hubiera una y no cambiaran los equilibrios en su seno, y fijándose solo en sus supuestos intereses de clase y no en su ideología ni en sus apoyos sociales aunque se tratara de una «interpretación social» del franquismo¹⁸.

4. EL GOZNE DE LOS AÑOS NOVENTA: ORTO, OCASO Y RENOVACIONES DE LA HISTORIA SOCIAL

Eso se escribía ya entrados los años noventa. Para entonces, las cosas estaban ya cambiando. Aunque ambos textos son buena muestra de la insatisfacción que generaban ya algunas versiones de la historia social, ninguno de los dos proponía abandonarla. El primero proponía corregir los excesos y defendía que, complementado con otras perspectivas y aparatos heurísticos, seguía siendo útil para el estudio de aquellos años. Mientras tanto, el autor del segundo llevaba tiempo proponiendo una renovación de la historia social española que pasara por su apertura a otros objetos de estudio, sujetos que estudiar y enfoques desde los que hacerlo¹⁹. Pero lo que se hizo de ahí en adelante ya no fue únicamente corregir y renovar y, con la década de 1990, llegó para la historia social el tránsito hacia su menor uso y paulatina sustitución.

Obviamente, ese proceso no fue drástico ni se produjo de la noche a la mañana. Esa década aportó investigaciones sobre la de 1930 que incluían parecidas miradas y utillaje a los de antes. De nuevo son los estudios sobre la conflictividad y luchas sociales donde más y mejor aparecen. Pero se encuentran también en aquellos donde se lidiaba además con los comportamientos políticos y el orden público en el periodo republicano o con las prácticas represivas y la construcción o reconstrucción del Estado en ambas retaguardias durante el bélico. Por ejemplo, una monografía sobre Jaén durante la guerra integraba en su análisis cosas como la erosión y desafíos planteados al orden social tradicional durante la República, el cambio radical que para ello supusieron el golpe de Estado y la edificación de

18. CASANOVA, Julián: «Guerra civil, ¿guerra de clases? El difícil ejercicio de reconstruir el pasado», y PÉREZ LEDESMA, Manuel: «Una dictadura “por la gracia de Dios”», *Historia Social*, 20, 1994, pp. 135-150 y 173-193, respectivamente.

19. PÉREZ LEDESMA, Manuel y ÁLVAREZ JUNCO, José: «Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, 12, 1982, pp. 19-41; PÉREZ LEDESMA, Manuel: «Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)», *Zona Abierta*, 69, 1994, pp. 51-120.

un «orden campesino revolucionario» y las formas de violencia que acarrearón tanto esos procesos como la impenitente restauración del orden anterior en la posguerra²⁰.

La novedad de esa década, el primer rasgo de lo que tuvo de gozne, es que tales claves de lectura eran por entonces cada vez menos habituales. Lo que eso pudiera tener de viraje no fue copernicano, porque no se venía de un régimen de monopolio de los enfoques sociales, pero significó un cambio importante. A partir de ahora, es cada vez más difícil encontrar ejemplos de lo visto en las páginas anteriores. No ha llegado aún el día en que el volcado digital masivo de lo publicado permita ejercicios sistemáticos de ese tipo mediante programas informáticos²¹. Pero, mientras llega, no es difícil encontrar en la bibliografía cómo a partir de esos años los conceptos ligados al materialismo histórico, pero también en general el utillaje analítico, causalidad y objetivos de esa primera historia social más o menos «clásica», fueron haciéndose cada vez menos habituales. Tampoco era nada nuevo bajo el sol. Sucedió en general en la historiografía ibérica y reproducía una dinámica generalizada en las de nuestro entorno. Y no era el abandono generalizado y consciente de una nave que se hunde. Parece tratarse más bien de que las anteriores confianzas en el provecho y rendimientos de los enfoques sociales y de su utillaje se diluyeron poco a poco, acaso porque eran excesivas e incluso más superficiales de lo que entonces pudiera parecer. Sea como fuere, fueron cediendo el paso en aquella década a versiones más minoradas y a posturas escépticas, y a su vez estas llevaron a la reivindicación de renovaciones en unos casos y al alejamiento en otros.

Las llamadas a la renovación de la historia social y los intentos de llevarla a cabo fueron dispares, pero en términos generales les unía una serie de elementos comunes. Por un lado, en la línea de lo que se proponía desde hacía tiempo para otros periodos y veíamos antes para los aquí estudiados, partía de la idea según la cual había una historia social más o menos tradicional y esquemática que era preciso superar; una historia social que a menudo hacía emerger el movimiento obrero de una evolución lineal de las estructuras productivas a la conciencia de clase y de esta a la lucha de clases, y en la que ese movimiento era prácticamente el único sujeto histórico y resultaba además descrito en tonos que en poco se diferenciaban de las anteriores historias de reyes y dirigentes. Y, por otro, para

20. COBO ROMERO, FRANCISCO: *La guerra civil y la represión franquista en la provincia de Jaén (1936-1950)*, Jaén: Diputación Provincial, 1993; *Id.: Conflicto rural y violencia política. El largo camino de la dictadura. Jaén, 1917-1950*. Jaén: Universidad de Jaén, 1998. Para otros ejemplos, véanse ORTIZ HERAS, MANUEL: *Violencia política en la II República y el primer franquismo. Albacete, 1936-1950*. Madrid: Siglo XXI, 1996; LÓPEZ MARTÍNEZ, MARIO: *Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931-1936*. Madrid: Libertarias, 1995; CARO CANCELA, DIEGO: *Violencia política y luchas sociales: La Segunda República en Jerez de la Frontera (1931-1936)*. Jerez: Ayuntamiento, 2001.

21. GULDI, JO y ARMITAGE, DAVID: *Manifiesto por la historia*. Madrid: Alianza, 2016 [2014], pp. 164-175.

superarla reclamaba la apertura a otras fuentes, utillaje conceptual, temas y sujetos históricos²².

De manera muy simplificada, ese proceso podría dividirse en dos grandes caminos. El primero de ellos es el que protagoniza una veta de estudios sobre el movimiento obrero, la conflictividad, la protesta o la violencia de los años treinta, que abrían el foco a otros factores y que buscaban inspiración en otras disciplinas como la sociología y la politología. Representativo de esa inspiración sería el influjo de la obra de Charles Tilly y su escuela. Al estudiar la protesta, las revoluciones, la acción colectiva y el Estado, Tilly integraba las tradiciones de Marx y de Weber. Partir del primero le llevó a privilegiar el conflicto y el cambio social sobre el consenso, a ver la acción colectiva como un «proceso político» racional basado en grupos organizados alrededor de intereses articulados y a destacar el desarrollo capitalista para entender la construcción del Estado moderno. Weber le sirvió para superar el mecanicismo materialista y estructuralista y para integrar en su enfoque la agencia humana, los determinantes «culturales» de la acción colectiva y las lógicas autónomas de la contienda política y del Estado como actor con sus propios intereses²³.

Mucho de todo eso aparece en la historia social que se hacía en España en la década final del siglo pasado. Si echamos un vistazo a los títulos de los congresos de la Asociación de Historia Social y de sus actas, vemos que uno de ellos se ocupaba de *Estado, protesta y movimientos sociales* y que el siguiente se consagraba a *Historia Social y Ciencias Sociales*²⁴. Y, de igual modo, no poco de ello alcanzó a la literatura historiográfica sobre la II República, la guerra y en menor medida la posguerra. Está, por ejemplo, presente en análisis de largo recorrido sobre la crisis del Estado y la acción colectiva en la España del primer tercio del Novecientos; en ellos se apunta que la crisis política y las formas violentas de protesta y lucha tenían menos que ver con extremismos o conciencias que con oportunidades políticas y con rasgos del Estado como el intervencionismo del Ejército en la política y el orden público. Aparece también en análisis de conjunto de aquella década o del anarcosindicalismo de esos años, en los que la naturaleza represiva e ineficaz del Estado, la rivalidad entre las prácticas sindicales de UGT y CNT, el anticlericalismo,

22. Véanse por ejemplo los textos citados unas notas más arriba de J. Casanova, M. Pérez Ledesma y J. Álvarez Junco.

23. Además de la ingente obra de Tilly, puede verse en castellano FUNES, María José (ed.): *A propósito de Tilly. Conflicto, poder y acción colectiva*. Madrid: CIS, 2011, en particular la introducción y la parte I, con textos de la propia M.^a J. Funes, Eduardo González Calleja, Ramón Máiz y Salvador Aguilar y de nuevo la editora (pp. 9-103), y en inglés el reciente CASTEÑEDA, Ernesto y SCHNEIDER, Cathy L. (eds.): *Collective Violence, Contentious Politics, and Social Change. A Charles Tilly Reader*. Londres: Routledge, 2016.

24. CASTILLO, Santiago y ORTIZ DE ORRUÑO, José M.^a (eds.): *Estado, protesta y movimientos sociales (Actas del III Congreso de Historia Social de España)*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 1998, y CASTILLO, Santiago y FERNÁNDEZ, Roberto (eds.): *Historia Social y Ciencias Sociales (Actas del IV Congreso de Historia Social de España)*. Lleida: Milenio, 2001.

el colapso de los medios de coerción en verano de 1936 o la lucha por el poder que se abre para sustituir o reconstruir el Estado ocupan un lugar central a la hora de estudiar la crisis social y política de esos años, el recorrido de la República, la guerra civil y la revolución que estalló en su seno²⁵.

De igual modo, lo encontramos en varios estudios seminales sobre las políticas de la violencia. Un autor vinculaba las formas de violencia con la transformación de las sociedades rurales en otras de tipo capitalista; pero tanto en sus textos generales y conceptuales como en su investigación sobre la militarización de la política de la Segunda República, ahora integraba los debates habidos sobre la violencia en otras ciencias sociales y añadía al análisis las razones, intereses, objetivos y representaciones de los actores políticos y sociales implicados. Otro posible ejemplo lo tenemos en la monografía regional que estudiaba Murcia durante la guerra civil. En lo que se definía en el subtítulo como *Un análisis sobre el poder y los comportamientos colectivos*, el libro se centraba en las «formas de asociación, movilización y conflicto» producidas en la «interacción mutua» entre Estado, por un lado, y acción colectiva y violencia, por otro, y esos comportamientos colectivos se veían como fruto de las relaciones de clase y de «la cultura política de los movimientos sociales y organizaciones políticas»²⁶.

Lo de cultura política apunta a la segunda vía de renovar la historia social desde los años noventa. Aunque otro texto en este dossier se dedica al «giro cultural», para lo que aquí se argumenta cabe al menos apuntar la relación que tuvo en sus inicios la historia cultural con la historia social. Veíamos antes cómo, para N. Z. Davis, la «nueva» historia social que se hacía en el tramo final del siglo xx se basaba en que los factores culturales ocupaban en ella el lugar central reservado antes para las variables económicas o políticas. Se trataba de buscar mecanismos explicativos e instrumentos de análisis que permitieran explorar un espacio al que la historia social «clásica» no habría prestado la suficiente atención: el que media entre la realidad, con sus condicionantes, y la acción de los agentes históricos. Y

25. CRUZ, Rafael: «Crisis de Estado y acción colectiva en el periodo de entreguerras (1917-1939)», *Historia Social*, 15, 1993, pp. 119-136; *id.*: «El mitin y el motín. La acción colectiva y los movimientos sociales en la España del siglo xx», *Historia Social*, 31, 1998, pp. 137-152; *id.*: «Dos rebeliones militares en España, 1923 y 1936. La lógica de la guerra en la política», *Historia y Política*, 5, 2001, pp. 29-54. CASANOVA, Julián: «España, 1931-1939: República, protesta social y revolución». En: VALDEÓN, Julio *et al.*: *Revoluciones y revoluciones en la Historia*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1994 [1990], pp. 135-150; *id.*: *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*. Barcelona: Crítica, 1997.

26. ARÓSTEGUI, Julio: «Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia», *Ayer*, 13, 1994, pp. 17-55; *id.*: «La especificación de lo genérico: la violencia política en perspectiva histórica», *Sistema*, 132-133, 1996, pp. 9-39; *id. et al.*: «La militarización de la política durante la II República. Teoría y práctica de la violencia política en la España de los años treinta», *Historia Contemporánea*, 11, 1994. De una década atrás era *id.*: «Conflicto social e ideología de la violencia, 1917-1936». En: DELGADO, José L. (ed.): *España, 1898-1936: Estructuras y cambio*. Madrid: Universidad Complutense, 1984, pp. 309-343. GONZÁLEZ, Carmen: *Guerra Civil en Murcia: un análisis sobre el poder y los comportamientos colectivos*. Murcia: Universidad de Murcia, 1999 (citas en pp. xxi y 274).

donde tal cosa se buscó y encontró fue en la «construcción cultural» y lingüística de esa realidad.

En ese sentido, del giro cultural hay, aunque sea una reducción abusiva, al menos dos modalidades. Cabe encontrar, de una parte, una versión más rotunda: la que defiende que la consciencia y los actos de los agentes históricos no son sino «resultado de la aprehensión significativa de la realidad mediante las categorías lingüísticas disponibles» y que privilegia el análisis de las experiencias, la atribución simbólica y la lectura de signos. Su difusión en la historiografía del siglo xx español es inferior a la de otros países. Aquí no ha habido nada parecido a la colonización por los nuevos enfoques de un periodo como la Revolución francesa y sus orígenes. Con todo, parecen significativos los términos empleados cuando, años después, se reivindicaba ese nuevo modo de historiar el pasado. La creciente debilidad, revisión crítica y hasta rechazo del «paradigma de la historia social» lo era en buena medida de su modelo de causalidad y, a su vez, ello tendría que ver con el descubrimiento de que la *sociedad* no es una entidad objetiva sino una «forma de conceptualizar la interacción humana» propia del imaginario de la modernidad. Así las cosas, «lo social no es ya lo que explica, sino lo que tiene que ser explicado» y la historiografía estaría en una nueva etapa calificada como historia «postsocial» o «más allá de la historia social»²⁷.

Claro que de ese giro cultural hay modalidades menos duras, que postulan simplemente que la cultura no es un mero reflejo o epifenómeno, que los fenómenos sociales están históricamente constituidos y son producto de la experiencia, la acción y la cultura, y que el principal desafío es «cómo pensar la articulación entre los discursos y las prácticas». El hallazgo esencial, aunque la intuición estaba ya hasta en Marc Bloch, era que los hechos sociales —tradiciones, identidades, naciones, pueblos, clases, etc.—, «antes considerados como datos objetivos» anteriores a los sujetos, son más bien el resultado de procesos de «construcción social» y asignación de significados. Sería a través de ellos como la gente percibe, define y experimenta sus realidades y de este modo «moldean el comportamiento social»²⁸.

Es desde esas variantes menos duras como el «regreso de la cultura al primer plano» se fue incorporando también desde los años noventa a los estudios sobre la República y la guerra civil y la posguerra, estudiando las identidades y culturas políticas, los símbolos, ritos y representaciones, las tradiciones y prácticas socioculturales, la experiencia y la memoria. En uno de los balances de lo que se escribía

27. CABRERA, Miguel Á. y SANTANA, Álvaro: «De la historia social a la historia de lo social», *Ayer*; 62, 2006, pp. 165-192 (entrecorillados en p. 187), en el monográfico dirigido por el primero «Más allá de la historia social», de cuya «Presentación» viene también el primer entrecorillado del párrafo (pp. 11-17, aquí p. 13). El limitado alcance en España, en PONS, Analet y SERNA, Justo: *La historia cultural. Autores, obras, lugares*. Madrid: Akal, 2013 [2005], pp. 226-228.

28. CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid: Alianza, 1997, en concreto de la «Presentación» del segundo, pp. 9-12 y «La cultura regresa al primer plano» del primero, pp. 13-34 (aquí pp. 17-18 y 20). El primer entrecorillado, no obstante, es de CHARTIER, Roger: *La historia o la lectura del tiempo*. Barcelona: Gedisa, 2007, p. 67.

70 años después de estallar la contienda, se encontraba que la cultura y la memoria del conflicto eran «dos áreas en plena expansión». De hecho, la memoria fue tal vez el tema que antes reflejó esas perspectivas y sensibilidades. El jalón crucial fue un libro seminal de 1996 que estudiaba cómo se forjó, transmitió y usó después el recuerdo de la guerra civil y el papel que desempeñó en la transición en términos de un cierto «aprendizaje político». Era un trabajo pionero a la hora de plasmar los nuevos intereses y enfoques y resultó a su vez un motor para estudiar un tema que antes apenas existía y que desde entonces ha invadido de modo aparatoso la bibliografía sobre guerra, franquismo y transición²⁹.

Ahora bien, había más objetos de estudio atraídos o contruidos por las miradas culturales. Uno de ellos, empezado a estudiar en esa misma década, era el anticlericalismo y sus violencias durante la República y la guerra. Para un antropólogo, se trataba de una «batalla cultural» y el objetivo de los actos anticlericales no era la Iglesia sino «la institución religiosa de la cultura» y el orden ritual que la Iglesia administraba. Hasta entonces, la historiografía no había abordado el fenómeno, pero empezó a hacerlo ahora y lo hizo resaltando lo que había en él de reactivación de la identidad y de la cultura política anticlerical, con sus recursos culturales, definiciones y representaciones del adversario clerical³⁰. Por otro lado, las nuevas coordenadas pudieron influir asimismo en la aparición de estudios sobre la experiencia, movilización y protagonismo de las mujeres. Si el género puede entenderse como una categoría histórica que permite comprender que los significados de lo femenino y lo masculino son construcciones culturales adaptadas a los marcos y cambios sociales y políticos, parece claro que el giro cultural abría más espacios que la historia política y social clásicas a la agencia de los sujetos femeninos. Eso llegó también a lo investigado sobre la crisis de los años treinta. Un libro estudiaba los avances logrados por las mujeres republicanas en la guerra civil y concluía que «las diversas expresiones de las realidades de género, de clase social, de

29. PALOMA, Aguilar: *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza, 1996, con una edición ampliada posterior: *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*. Madrid: Alianza, 2008. La bibliografía posterior que parte de ahí es abrumadora. Se plasma bien la vinculación de esta veta de estudio a lo cultural en textos como MORCILLO, Aurora G. (ed.): *Memory and Cultural History of the Spanish Civil War. Realms of Oblivion*. Leiden: Brill Academic, 2014. El balance historiográfico referido, en GARCÍA, Hugo: «La historiografía de la Guerra Civil en el nuevo siglo», *Ayer*, 62, 2006, pp. 285-306 (aquí p. 305).

30. DELGADO, Manuel: *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antirritualismo en la España contemporánea*. Barcelona: Humanidades, 1992; *id.*: *Luces iconoclastas. Anticlericalismo, espacio y ritual en la España contemporánea*, Barcelona: Ariel, 2001; CASTRO, Demetrio: «Cultura, política y cultura política en la violencia anticlerical». En: CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización...*, pp. 69-97; DE LA CUEVA, Julio: «El anticlericalismo en la Segunda República y la Guerra Civil». En: LA PARRA, Emilio y SUÁREZ CORTINA, Manuel (eds.): *El anticlericalismo español contemporáneo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998, pp. 211-301. Unos años posterior es SALOMÓN, M.ª Pilar: *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)*. Zaragoza: PUZ, 2002.

identidades culturales y de cultura política eran decisivas» para entender su capacidad de actuación y sus límites en aquella guerra³¹.

Y, por último, a finales de esa década aparecía el que puede considerarse el título más representativo de lo que aquí estamos resumiendo. En él, un sofisticado estudio sobre los «orígenes sociales y culturales» de la guerra civil en Navarra y Álava, se hacía una elaborada apuesta por una explícita «perspectiva sociocultural» con no poco de antropológica. El conflicto y en particular la sublevación de julio de 1936 se insertan en el marco del entramado de tradiciones y cambios, mitos y experiencias, equilibrios y conflictos, lealtades y banderías, vínculos intracomunitarios y solidaridades más amplias que conformarían lo que parece ser el verdadero objeto de estudio: la «realidad social cotidiana» de las comarcas estudiadas y la «red social sobre la que fue tejiéndose la coalición antirrepublicana»³².

5. NUEVOS FRUTOS Y DESDIBUJAMIENTO EN EL NUEVO SIGLO

La primera década del nuevo siglo y milenio arroja más ejemplos significativos de las dos direcciones tomadas por la renovación de la historia social. La primera tiene quizá su máxima expresión en las obras que ha dedicado un autor a La Rioja entre finales del siglo XIX y la posguerra iniciada en 1939. La deuda con los clásicos de la historia social marxista británica y con la sociología histórica es explícita. A partir de ahí, el autor indaga en las formas, dinámicas y rostros de los modos de hacer política desde la calle. Para ello, se estudian «los condicionantes socioeconómicos» de la acción colectiva, como «las estructuras sociales, las relaciones de producción o la realidad del poder» y las solidaridades de clase. Pero a ello se añade la política, a través de los recursos y oportunidades, y se unen los significados que los individuos atribuyen a los hechos, «los valores y categorías morales que comparten», los rituales y símbolos que les dan cuerpo y las identidades colectivas que compiten entre sí y que modelan la protesta y la violencia. Esas obras logran recrear con soltura y finura las acciones y experiencias de la gente común, sus rebeldías, pero también sus compromisos con el orden social y sus violencias entre vecinos, y regalan algunas de las mejores páginas de nuestra historia social³³.

31. NASH, Mary: *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid: Taurus, 1999 (entrecomillados, en pp. 31 y 33).

32. UGARTE, JAVIER: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998 (entrecomillados en pp. 39 y 46).

33. GIL ANDRÉS, CARLOS: *Echase a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*. Zaragoza, PUZ, 2000; *id.*: *La República en la plaza: los sucesos de Arnedo de 1932*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2002; *id.*: *Lejos del frente. La Guerra Civil en la Rioja Alta*. Barcelona: Crítica, 2006 (entrecomillados sacados de pp. 17, 477 y 484, de p. 173 y de pp. 71 y 140, respectivamente); y el estupendo y poco conocido colofón *id.*: *Piedralén. Historia de un campesino. De Cuba a la Guerra Civil*. Madrid: Marcial Pons, 2010.

Ejemplos valiosos, no obstante, hay más. Dedicado a las manifestaciones violentas, está el caso de otro autor que, después de publicar trabajos sobre el periodo de la Restauración, así como un balance teórico de los enfoques para el estudio de la violencia —apostando por los explorados por Tilly—, se aproximaba al estudio de la violencia durante la República. De sus textos se desprende que esa violencia era una manifestación radical pero no infrecuente de la conflictividad multisectorial de esos años, vinculada a distintos terrenos sociales, laborales y simbólicos y que estaba también condicionada por la deficiente gestión del orden público del Estado³⁴. Parecidas perspectivas están de igual modo en otros trabajos, incluidos algunos que abordan las prácticas represivas de la guerra civil. En uno de ellos, que aborda la desplegada en la zona republicana se sitúa en el centro del análisis la oportunidad política que significó el inicio de la guerra, en particular la distinta intensidad y duración del derrumbe del Estado, la atomización del poder resultante y la lucha por el control y definición de la retaguardia³⁵. Por su parte, en una investigación sobre la acción colectiva en la provincia de Madrid de 1933-1936, la autora incide sobre todo en factores políticos y organizativos —en particular la estructura y cambios de las oportunidades políticas que supusieron la llegada, legislación y diversas fases de la República— y en la «percepción de [esa] realidad y de sus intereses por parte de los distintos grupos». Por último, otro trabajo, también crucial, aborda las formas de enfrentamiento y acción colectiva entre febrero y octubre de 1936, atendiendo a las políticas de movilización, identidad y ciudadanía en que se basan. En su análisis, los conflictos se estudian en el marco de ese año de democratización y competencia política por la adquisición y reconocimiento de poder entre diferentes grupos (incluido el Ejército); se subraya que fue la intervención de sus cuerpos policiales y militares la causa más habitual de que la acción colectiva deviniera en violenta; y se concluye que nada se entiende sin fijarse en los procesos paralelos de interpretación cultural y «construcción social» de la realidad, que implicaban la disputa por los significados que asignarles y la movilización de símbolos, rituales e identidades enfrentadas³⁶.

34. GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La violencia en política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*. Madrid: CSIC, 2002; *Id.*: «La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República». En: MUÑOZ, Javier; LEDESMA, JOSÉ L. y RODRIGO, Javier (coords.): *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid: Siete Mares, 2005, pp. 101-146. La culminación de esa línea de trabajo es su reciente *Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República Española (1931-1936)*, Granada: Comares, 2015.

35. LEDESMA, JOSÉ L.: *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*. Zaragoza: Inst. Fernando el Católico, 2003.

36. De hecho, la conclusión es que «la guerra de España fue una lucha de identidades colectivas enfrentadas por obtener la condición de ciudadanía en exclusiva»: CRUZ, Rafael: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid: Siglo XXI, 2006 (los entrecorridos del texto y de esta nota vienen de pp. 337 y 342). La otra obra es la de SOUTO KUSTRIÑ, Sandra: *¿Madrid? ¿Qué hace Madrid? Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*. Madrid: Siglo XXI, 2004 (entrecorridado en p. XXIII).

Percepción, definición y construcción de la realidad; símbolos y ritos; identidades... todo eso nos devuelve a la segunda de las direcciones o formas de renovar la historia social, que en el nuevo siglo ha desempeñado un papel al menos tan importante como la anterior. El botón de muestra más significativo es quizá un volumen colectivo editado en inglés en 2005. Su punto de partida era que la guerra no fue solo un conflicto bipolar entre dos grandes grupos de ideas y clases. En sus orígenes y en general tras la movilización política de los años treinta, estarían tanto las «contradicciones de la estructura social» y las relaciones de clase como las «tensiones, contradicciones, demandas colectivas y representaciones culturales» de la sociedad española de entonces³⁷. Los distintos capítulos del libro son una buena foto de los temas en los que se han ensayado estas perspectivas, y en algunos casos resumen otras obras editadas esos años desde parecidas coordenadas sobre la eficacia movilizadora e identitaria de los discursos nacionalistas durante la guerra, sobre las distintas «comunidades» y culturas políticas de una ciudad como Gijón a partir de sus diferentes formas de acción colectiva, valores e identidades, o sobre la «Barcelona proletaria» de la República y el primer año de la guerra. En este último caso, el subtítulo *Clase, cultura y conflicto* es revelador: el autor parte de una historia «desde abajo» atenta a la experiencia de las luchas de clase, pero va más allá y lo que ofrece es una historia social de «las culturas de clase, la represión y la protesta» que ahonda en las interrelaciones entre cultura, espacio, protesta y represión³⁸.

Por su parte, también desde otras ópticas y ámbitos temáticos se gestaban textos significativos. Uno abordaba la movilización de las mujeres católicas en los años veinte y treinta. Su conclusión era que los cambios culturales vinculados al género en la década de 1930, y cómo fueron interpretados, «constituyeron un ingrediente más que produjo adhesiones a la salida autoritaria» de una crisis que hasta hace poco era entendida «como exclusivamente política y económica». Mientras tanto, y hasta cierto punto influidos por la versión más «dura» del giro cultural, otros dos autores hacen un escrutinio de los relatos públicos e historiográficos heredados sobre la guerra del 36 y de cómo pudieron condicionar tanto la producción de conocimiento sobre ella como la cultura histórica de la democracia posfranquista; pero eso lo completan con una propuesta de análisis de la destrucción de la democracia republicana en 1936 que privilegia el estudio del lenguaje,

37. EALHAM, Chris y RICHARDS, Michael (eds.): *España fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española*. Granada: Comares, 2010 [2005] (entrecomillado en el capítulo introductorio, «Historia, memoria y la Guerra Civil española: perspectivas recientes», pp. 1-27, aquí pp. 11-12).

38. NÚÑEZ SEIXAS, Xosé-Manoel: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid: Marcial Pons, 2006 (entrecomillados en pp. 23 y 439); RADCLIFF, Pamela B.: *De la movilización a la Guerra Civil. Historia política y social de Gijón (1900-1937)*. Barcelona: Debate, 2004 [1996]; EALHAM, Chris: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*. Madrid: Alianza, 2005 [2005].

sus significados y usos en la cultura política de la República y de los sentidos que los habitantes de aquel tiempo daban a sus actos y experiencias³⁹.

Ir más allá de lo político y económico, y de lo social entendido al modo de las décadas anteriores, y atender a la mediación del lenguaje. Los ejemplos desgraciados en las últimas páginas muestran que en la primera década del nuevo siglo, como en la última del anterior, la historia social de la República, la guerra civil y en menor medida la primera posguerra se renovó y enriqueció. El balance se antoja positivo desde el punto de vista de la producción del conocimiento sobre esos periodos. Se fue más allá del estudio de las clases, los salarios y las condiciones de vida y se proyectó luz sobre ángulos, dimensiones y actores a los que las versiones más simples de las historias política y social anteriores no habían podido o querido prestar suficiente atención. Y se indagó sobre todo en cómo influyen en los modos de actuar de la gente las condiciones de posibilidad organizativas, sus recursos y hábitos o los mecanismos a través de los cuales entienden, interpretan, definen y representan lo que les rodea. Sin embargo, el balance debe matizarse algo más si lo que evaluamos es el uso de la historia social para estudiar esos periodos. Se reproduce aquí la dinámica general por la cual el proceso de renovación de la historia social, por supuesto no solo en España, ha tenido en realidad mucho de crisis. Más en concreto, la apertura de sus fronteras a otras perspectivas e instrumentales, por su amplitud o por la voluntad de reemplazarla, habría acabado suponiendo su mayor o menor desdibujamiento⁴⁰.

Si retrocedemos a las dos vías de renovación, algo así puede verse hasta cierto punto en el caso de la primera. A la postre, el énfasis en los vectores organizativos, en las oportunidades políticas o en la autonomía de la política y del Estado hacía algo más que afinar los esquemas previos. Los completaba tanto que no siempre queda claro si el resultado sigue siendo historia social. Aun más claro queda en la vía de renovación que pone el acento en las culturas, identidades, representaciones y lenguajes políticos. Uno de los autores citados concluía que los «condicionantes económicos y ambientales» no son suficientes para explicar cosas como la duración y crueldad de la guerra y lo que tuvo de lucha de vecinos contra vecinos; ahora bien, sigue resaltando la importancia de factores de lo social como las estructuras económicas, la «introducción de las relaciones capitalistas en las sociedades rurales», las desigualdades o las jerarquías sociales. Otro decía atravesar

39. IZQUIERDO, Jesús y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo: *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*. Madrid: Alianza, 2006, con edición ampliada en *La guerra que nos han contado y la que no. Memoria e historia de 1936 para el siglo XXI*. Madrid: Postmetrópolis, 2017. Lo anterior, en BLASCO, Inmaculada: *Paradojas de la ortodoxia. Política de masas y militancia católica femenina en España (1919-1939)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003 (p. 26). Véase también ARESTI, Nerea: *Donjuanes y Mujeres Modernas. Los ideales de femineidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*. Zarautz: Universidad del País Vasco, 2001.

40. Similar término utiliza CASTRO, Demetrio: «Qué fue de nuestra historia social (o quizá no todo tiempo pasado fue mejor)». En: FRÍAS, Carmen; LEDESMA, José L. y RODRIGO, Javier (eds.): *Reevaluaciones. Historias locales y miradas globales*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2011, pp. 77-99.

el rígido determinismo socioeconómico y adentrarse en una historia más basada en la experiencia y la complejidad desde el detalle, pero lo hacía sin despreciar esas determinaciones ni las relaciones entre estructuras y sujetos. Sin embargo, la norma al estudiar los años treinta y primeros cuarenta desde esos enfoques es dejar eso más bien de lado. Sea porque se les conceda poca o nula importancia o porque se considere que toca ahora otros análisis, los estudios parecen detenerse cada vez menos en tales factores y conceptos. Incluso las obras y autores que contemplan en su relato variables propias de la historia social desde abajo encuentran que la historiografía anterior estaba lastrada entre otras cosas por un concepto inflexible de clase que hacía difícil reflejar su relación con otras formas de identidad y la complejidad de la estructura social, y saludaban que la investigación se alejara «del antiguo marco hacia una redirección cultural-antropológica, lingüística y espacial»⁴¹.

En realidad, poco debería haber en ello de sorprendente. Por un lado, la historia cultural en sus distintas acepciones creció tanto desde finales de la década de 1980 que un historiador francés se preguntaba si toda historia, sea económica o social, política o demográfica, no es en realidad cultural, en la medida en que todas las acciones, fenómenos y cosas «siempre son el resultado de las significaciones que los individuos les atribuyen». En su opinión, la situación de la disciplina podía definirse como el paso «de lo social a lo cultural». Detrás de ello, y dicho sea sin juzgarlo, está lo central que era para la historia cultural no solo renovar la social, sino incluso superarla y acaso sustituirla. Según una historiadora española, la historia cultural es una «relectura intensa de la historia social», pero en ella habría también «un giro de 180 grados», por ejemplo, en el paso desde el concepto de objetividad al de subjetividad. Según el balance crítico de dos autores, tras esa «nueva» historia hay «una suerte de reacción crítica contra la historia social o política tradicionales» y le mueve «evitar las aporías de la clásica historia social» y superar la consideración de la cultura como un reflejo de realidades objetivas⁴².

Y, por otro lado, la llegada de las nuevas propuestas y sensibilidades ha llevado a la investigación y escritura no solo de la historia, sino en general de las ciencias sociales, a conceder cada vez menor espacio analítico a los contextos, relaciones y condicionantes de tipo socioeconómico, tanto cuando se utiliza desde la tradición marxista como si se hace desde otros presupuestos materiales y sociales en sentido amplio⁴³. En ese sentido, han desaparecido casi por completo relatos historiográficos de la República, la guerra y de la posguerra en los poco flexibles términos

41. EALHAM, Ch. y RICHARDS, M.: «Historia, memoria y la Guerra Civil», p. 26. Los ejemplos anteriores, en GIL ANDRÉS, C.: *Echarse a la calle*, p. 476; *id.*: *La República en la plaza*, p. 174; *id.*: *Lejos del frente*, p. 114; y UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente*, pp. 42 y 47.

42. HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena: «Introducción», en *id.* y LANGA, Alicia (eds.): *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*. Madrid: Abada, 2005 pp. 5-11 (aquí pp. 9-10); SERNA, J. y PONS, A.: *La historia cultural*, p. 226.

43. Véase por ejemplo BAKER, Colin *et al.* (eds.): *Marxism and Social Movements*. Leiden: Brill, 2013.

de «bloque social dominante», «proceso histórico de crisis estructural» y ocupan un espacio cada vez menor otros conceptos que no se asociaban únicamente al marxismo como las clases sociales y sus conflictos y luchas. Pero la relativa desaparición alcanza asimismo, en términos más generales, a ese mínimo común denominador definitorio de la historia social que es la contextualización social —entendiendo por ella social y económica— de la política, las ideas y la cultura.

Más aun, ese relegamiento de lo social en el estudio de la crisis de los años treinta se acompaña en ocasiones de la fiscalización y aun recusación de los enfoques, marcos conceptuales y postulados de la propia historia social. Valga de nuevo ilustrarlo con algunos ejemplos significativos. En el dossier que la revista *Ayer* dedicaba a la guerra del 36 en 2003, el coordinador hacía un balance crítico de los tradicionales esquemas «binario[s]» sobre los orígenes, desarrollo y desenlace de la contienda, e incluía en este la interpretación prorepublicana basada en «aspectos clasistas y político-ideológicos». En el mismo número, otro autor era más contundente. Para él, la guerra civil es el tema más «codificado» de la historiografía española, en parte como resultado de la vinculación de sus primeros historiadores al marxismo y del uso abusivo de un «artefacto conceptual» abstracto como «clase social», convertida en «reificación categórica»⁴⁴. Ese mismo año era publicada, según el subtítulo del libro, una *Historia social de la República durante la Guerra Civil*. Eso sí, quien la firmaba se situaba frente a una historia social «tradicional» que, como resultado de los «enfoques estructurales» e impersonales, estaría «hipnotizad[a]» por las expresiones de lo colectivo como la clase, la etnia y el género. Frente a esa excesiva determinación social, el trabajo opone una historia que llegue al «nivel subterráneo» de los actores singulares y desconocidos «que hicieron valer sus propios intereses» siguiendo lógicas individuales (entre ellas el oportunismo, el egoísmo o la mera biología)⁴⁵. Años después, una serie de autores empezaban a proponer una revisión crítica de los años treinta que se muestra escéptica hacia el peso de las estructuras sociológicas y económicas en los comportamientos políticos. Como resultado, busca sustituir la atención a las causas profundas y conflictos de clase en el medio y largo plazo por el énfasis en los actores concretos y en su liderazgo, retóricas partidistas y decisiones en el más corto de la política institucional y partidista. Según las formulaciones más sólidas de esa propuesta, frente al dominio de las «causas estructurales» a la hora de explicar la conflictividad de 1931-1936 y el estallido de la guerra —atraso, desigualdad, conflictos de clase...—, habría que «descartar o redefinir a la baja» las interpretaciones basadas

44. MORADIELLOS, Enrique: «Ni gesta heroica, ni locura trágica: nuevas perspectivas históricas sobre la guerra civil», *Ayer*, 50, 2003, pp. 11-39 (aquí pp. 15 y 25); UCELAY-DA CAL, Enric: «El pueblo contra la clase: populismo legitimador, revoluciones y sustituciones políticas en Cataluña (1936-1939)», *Ayer*, 50, 2003, pp. 143-197 (pp. 143, 145 y 154-155). En el mismo dossier, sin embargo, Julio ARÓSTEGUI retomaba argumentos de muy distinto cariz en «Guerra, poder y revolución. La República española y el impacto de la sublevación», *Ayer*, 50, 2003, pp. 85-113.

45. SEIDMAN, Michael: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*. Madrid: Alianza, 2003 [2002], pp. 16 y 18-19.

en ellas, porque, sin ser irrelevantes, esos factores solo sirven «como ingredientes explicativos secundarios» de la interpretación alternativa que se presenta⁴⁶.

Por supuesto, eso no significa que no haya nada más escrito desde la óptica o, si se quiere decir de modo menos rotundo, desde la sensibilidad de la historia social. La primera década del siglo XXI desgrana más trabajos en los que están presentes en mayor o menor medida. Los hay de nuevo sobre la cuestión agraria, la conflictividad que le es aneja y las prácticas institucionales o desde abajo de reforma agraria. Esos trabajos reflejan que, aunque la conflictividad de esos años no puede ser vista como su reflejo automático, en ella tenían que ver las tensiones introducidas en el campo y el mercado laboral por la agricultura capitalista, las reacciones de los grupos propietarios ante la legislación republicana y la reducción de sus márgenes de beneficio, así como las desigualdades sociales, las condiciones de explotación, la regulación legislativa del mercado laboral o algo aparentemente tan prosaico como «los muy bajos niveles de vida —hambre incluida—»⁴⁷. Asimismo, los hay también sobre la violencia desplegada en las dos zonas durante la guerra y luego en la posguerra. Una amplia panoplia de trabajos muestran que las campañas de castigo y «limpieza» no bebían únicamente de las condiciones y relaciones sociales ni eran solo «violencia de clase». Eran asimismo una manera de participar en aquella lucha, un modo simbólico de manifestar la llegada de nuevos poderes con dominio sobre la vida y la muerte y un arma en la competencia abierta entre ellos por el control y definición política de cada retaguardia. Sus blancos no eran siempre obreros y campesinos en la zona sublevada ni burgueses y oligarcas en la republicana: los rostros de las víctimas reproducían la heterogeneidad de una sociedad en pleno cambio social y político. Ahora bien, muestran también que esas violencias se dirigían en cada zona contra los símbolos y representantes de los proyectos sociales que se defendían en la otra. En la retaguardia rebelde, las campañas represivas las animaban en buena medida los garantes del viejo orden social, se cebaban sobre todo con el mundo obrero y campesino organizado y registraban los niveles más brutales en las áreas ocupadas al inicio de la contienda donde había un fuerte sindicalismo de clase. Mientras tanto, en la republicana sus

46. DEL REY, Fernando: «Reflexiones sobre la violencia política en la II República». En: GUTIÉRREZ, Mercedes y PALACIOS CERALES, Diego (eds.): *Conflicto político, democracia y dictadura. Portugal y España en la década de 1930*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 17-97 (entrecomillados en pp. 29 y 41-43), con argumentos que despliega de modo minucioso en *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008.

47. Véanse RIESCO, Sergio: *La lucha por la tierra. Reformismo agrario y cuestión yuntera en la provincia de Cáceres, 1907-1940*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2006; ESPINOSA, FRANCISCO: *La primavera del Frente Popular. Los campesinos de Badajoz y el origen de la Guerra Civil (marzo-julio de 1936)*. Barcelona: Crítica, 2007. Un balance, en ROBLEDO, Ricardo: «El fin de la cuestión agraria en España (1931-1939)». En: GARRABOU, Ramón *et al.*: *Sombras del progreso: las huellas de la historia agraria*. Barcelona: Crítica, 2010, pp. 117-150 (entrecomillado y defensa de las virtudes de la reforma agraria, en p. 149).

rostros se asociaban con frecuencia no solo al derrumbe de ese viejo orden, sino también a la voluntad de edificar otro muy diferente⁴⁸.

Sin embargo, incluso en muchos de esos trabajos «lo social» y sus lógicas y relaciones causales aparecen desdibujados y no parece haber una agenda de trabajo coordinada que oriente en esa dirección la investigación. Y, en términos generales, el balance sobre el conjunto de la bibliografía de esa década ahonda en la tendencia abierta en la década anterior. Habrá quien se felicite por ello y quien lo lamente; unos lo imputarán a su supuesta rigidez y al hecho de haberse quedado «obsoleta» y otros lo verán como fruto de esa ley del péndulo de las disciplinas científicas por la cual cada cierto tiempo un enfoque otrora predominante pasa a ser arrinconado y sustituido por otro que surge impugnándolo. Pero ese balance refleja que la presencia de la historia social en la literatura de referencia sobre los años treinta y primeros cuarenta es muy inferior que en las décadas anteriores. De hecho, es posible apuntar que ya no es considerada una fuente de inspiración determinante para esa historiografía.

De igual modo que antes podíamos preguntarnos sobre los porqués del relativo auge de la historia social en las décadas anteriores, es legítimo hacerlo ahora sobre las causas de su posterior retroceso, relativa difuminación y recusación. Para empezar, parece necesario reconocer que con toda seguridad se había llevado demasiado lejos y simplificado su equipaje analítico. El marco teórico y sus categorías acabaron sirviendo a veces no tanto para plantear preguntas al pasado estudiado cuanto para obtener ya las respuestas evitando engorrosos esfuerzos y búsquedas. Eso sí, con parecida rapidez, y acaso abuso, se caminó hacia el extremo opuesto y fueron siendo relegados a posiciones cada vez menos nucleares y luego más periféricas de la escritura académica sobre los periodos republicano, bélico y de posguerra. Podría aplicarse aquí lo que, refiriéndose al reflujo de la historia social «clásica» y al auge de la «cultural» en los años noventa, sugiere un estudioso cuando achaca a ambas excesivo «orgullo» y pecado de «soberbia»⁴⁹.

No obstante, las razones van mucho más allá del ámbito historiográfico. Todo parece indicar que el viraje respondía a cambios de amplio calado en las coordenadas culturales, sociales y políticas que se produjeron entre los años ochenta y noventa y que redujeron el espacio, reconocimiento social y comunicabilidad para unas representaciones de lo social y lo abrieron para otras. Un análisis de ese

48. Vid., entre otros muchos, JULIÁ, Santos (coord.): *Víctimas de la guerra civil*. Madrid: Temas de Hoy, 1999; ESPINOSA, Francisco: *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*. Barcelona: Crítica, 2003; RODRIGO, Javier: *Hasta la raíz. La violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*. Madrid: Alianza, 2008; ESPINOSA, Francisco (ed.): *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*. Barcelona: Crítica, 2010; PRADA, Julio: *La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra*. Madrid: Alianza, 2010; PRESTON, Paul: *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*. Barcelona: Debate, Barcelona, 2011.

49. FORCADELL, Carlos: «La historia social, de la “clase” a la “identidad”». En: HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena y LANGA, Alicia (eds.): *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*. Madrid: Abada, 2005, pp. 15-35 pp. (aquí pp. 17 y 26).

recorrido, que aquí solo se puede apuntar, debería contemplar los grandes cambios políticos de esos años, empezando por la caída del Muro de Berlín, el colapso de la URSS y la crisis de las tradiciones políticas del socialismo. Claro que no todo empezó aquel noviembre de 1989. Formaba parte de un proceso más duradero y con más elementos en juego. Así, aunque parezca muy especulativo, habría que considerar también las profundas transformaciones sociales y políticas producidas en esas décadas, que implicaron la desindustrialización y transición posfordista, la reestructuración del capitalismo y el inicio del desmontaje del Estado social⁵⁰. Ese contexto habría tenido profundas consecuencias en el análisis histórico. Se perfilaba un nuevo orden caracterizado más por la diversidad y fragmentación que por la estandarización y las economías a gran escala de las décadas anteriores que habían contemplado la edad de oro de la historia social. Un orden, además, en el que la clase obrera, que no en vano había sido el protagonista colectivo por excelencia de la historia social, no solo dejaba de ser un sujeto portador de un futuro diferente, sino que veía reducirse su papel social y económico en el presente. Todo ello cristalizaría en una crisis de la explicación social, en una carga contra el concepto de totalidad, en un amplio descrédito de los grandes relatos y paradigmas y en un nuevo modo de ver el presente y el pasado que «relega a un segundo plano la noción de sociedad»⁵¹.

Por supuesto, otras cuestiones más concretas se suman a ese cuadro. De una parte, como sabemos, el ascenso de la historia social en la historiografía española se dio más tarde que en otros países y solo se podía generalizar, acabada la dictadura, cuando empezaba a perder fuelle y a quedar en entredicho como enfoque. Pero ese retraso era aun mayor en el caso específico de la literatura sobre la Segunda República, la guerra civil y la posguerra, que fueron temas tabú prácticamente hasta la muerte de Franco y solo pudieron generar una agenda de investigación desde finales de la década de 1970. Así las cosas, su influjo en dicha agenda pudo ser más breve y epidérmico de lo que se supone y hacerse a menudo a partir de sus versiones y usos más apresurados y menos elaborados. De otra parte, y frente a otros fenómenos y periodos de mayor duración, los poco más de diez años que cubren los años treinta y principios de los cuarenta suponen un tiempo intenso pero breve, y además muy denso políticamente, lo que pudo favorecer los enfoques dedicados al corto plazo, la mirada «desde arriba» y el primado de la política institucional y de los grandes hechos y personajes.

Y, en tercer término, está también el peso que han tenido los principales relatos públicos elaborados sobre los años republicanos y bélicos. Por un lado, la

50. ELEY, G. y NIELD, K.: *El futuro de la clase*, pp. 10-11 y *passim*.

51. TRAVERSO, ENZO: *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo xx*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012 [2011], p. 19. Se ha usado también JAMESON, Fredric: «“End of Art” or “End of History”?». En: *The Cultural Turn. Selected Writings on the Postmodern, 1983-1998*. Londres: Verso, 1998, pp. 73-92 (aquí p. 91); y en general, para los cambios ideológicos que han acompañado a las transformaciones del capitalismo, BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève: *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal, 2002.

historiografía sobre ellos nació haciendo suya la tarea de echar abajo las mentiras, mitos y tópicos del relato franquista. Sin embargo, refutarlos se ha hecho en ocasiones pagando el precio de minimizar algunas de las aristas más complejas del devenir republicano y de los años de guerra civil. Frente al cuadro que se rechazaba, en ocasiones se pintó un retrato hasta cierto punto indulgente de la experiencia republicana en paz y en guerra y se delineó uno de la contienda en la zona franquista y de la posguerra en el que solo había espacio para Franco y la represión y uno muy escaso para sus apoyos sociales. En ese escenario no siempre encuentran fácil acomodo aspectos propios de la historia social como las fracturas sociales y políticas que cruzaban el país desde antes del 17 de julio, las movilizaciones y luchas de clases de los años de preguerra, la revolución del verano del 36, o cuando menos sus dimensiones constructivas, cada vez más nubladas por lo que tuvo de destrucción o los apoyos a los diferentes proyectos de Estado y a la violencia durante la guerra y la posguerra⁵². Y, por otro lado, está el relato que representa la contienda en clave de guerra fratricida, error colectivo y tragedia ante la que pasar página. Su problema es que no solo proyecta explicaciones tan groseras como la del cainismo español; implica además desconflictualizar los años treinta y deja fuera del foco dimensiones sociales como la coexistencia de proyectos de Estado y sociedad muy diferentes entre sí o, de nuevo, los diversos apoyos y fracturas sociales que los nutrían. La influencia de todos esos relatos sería un factor añadido más a la hora de retraer la «reflexión metodológica» que antes acompañaba más al estudio de la guerra, así como de cara a ahuyentar análisis que traten de profundizar en los diversos y cambiantes contextos, raíces y rostros sociales de los actores históricos de aquellos años⁵³.

6. LA HISTORIA SOCIAL DESPUÉS DE LA HISTORIA SOCIAL

A decir verdad, y aunque siempre hay excepciones y líneas de trabajo abiertas, el cuadro de conjunto de la producción historiográfica sobre la Segunda República y la guerra civil en lo que llevamos de la segunda década del siglo no es sustancialmente diferente respecto del peso que tiene en ella la historia social. A ello se suma, además, que la bibliografía es más inabarcable que nunca. Es mucho lo que se ha añadido a lo anterior sobre objetos de estudio más o menos clásicos como

52. Por poner un ejemplo, nos consta que ha habido evaluaciones negativas de artículos sobre la participación «desde abajo» en las prácticas punitivas de la posguerra argumentando que el enfoque era fallido porque minimizaba y cuestionaba el carácter represivo del franquismo.

53. Lo de la reflexión metodológica en los estudios sobre la guerra en CASANOVA, Julián: «Pasado y presente de la guerra civil española», *Historia Social*, 60, 2008, pp. 113-127 (aquí p. 113). Sobre el relato cainita, véase, por ejemplo, GODICHEAU, François: «Guerra civil, guerra incivil, la pacificación por el nombre». En: ARÓSTEGUI, J. y GODICHEAU, F. (eds.): *Guerra civil. Mito y memoria*, pp. 137-166, sobre todo pp. 151-161; JULIÁ, Santos: *Historias de las dos Españas*. Madrid: Taurus, 2004, pp. 437-450; y RODRIGO, Javier: *Cruzada, paz, memoria. La guerra civil en sus relatos*. Granada: Comares, 2013.

las políticas reformistas de la República y sus obstáculos y contradicciones, las elecciones, las dimensiones militar e internacional de la guerra o la reconstrucción del Estado y las disputas políticas entre los diferentes discursos y prácticas en ambos bandos. Sobre la guerra, ha seguido siendo tema estrella el de la violencia, con dos añadidos. A uno nos referiremos después. El otro es que su estudio se ha ampliado a los años de la República en paz. De igual modo, no es poco lo aportado alrededor de las culturas políticas republicanas y de la economía, la propaganda, las «culturas de guerra» y la memoria de la contienda. Por si fuera poco, esa literatura ha incluido en los últimos años algunos debates de cierto calado. Se ha avanzado en la refutación de la leyenda negra de la República (en paz y en guerra), reactualizada por ensayistas y publicistas de todo pelaje. Frente a los excesos de lo que a veces se ha denominado «leyenda rosa», otros autores han propuesto un relato alternativo o «revisión» de esa misma República. En ese marco, se han generado debates interesantes sobre las revisiones y revisionismos o sobre el alcance y límites de la objetividad en la práctica historiográfica. Y los hay asimismo sobre la problemática relación entre memoria e historiografía respecto de aquellos años y, o sobre los relatos y metarrelatos que ha generado su representación pública y académica⁵⁴.

Pero precisamente por eso es llamativo que no haya más historia social de los años treinta. Al revés, lo que parece destacar es que continúa la tendencia hacia el uso de otros arsenales heurísticos como los propuestos —y explotados con buenos resultados— por la historia cultural y la nueva historia política, que dirigen su foco hacia las culturas políticas e identidades, los lenguajes, las representaciones o la memoria más que hacia los determinantes sociales y los actores colectivos. De hecho, lo que se mantiene también es la fiscalización de los postulados de ese arsenal, por ejemplo, cuando se señala que la crisis de los años treinta habría sido ante todo «de signo político, cultural e ideológico», y su clave de bóveda el «generalizado desprecio de los actores políticos hacia la cultura liberal» y la democracia formal, el éxito de las culturas políticas excluyentes y justificadoras de la violencia y las estrategias políticas resultantes de esos discursos y valores. En algún caso, la declaración de intenciones es más contundente, por ejemplo al «desligarnos abiertamente de las interpretaciones estructurales» y al cuestionar que «el marxismo, la sociología histórica, la antropología cultural o el giro lingüístico» sean las mejores guías para estudiar el periodo de entreguerras⁵⁵.

54. Véanse, por ejemplo, VIÑAS, Ángel (ed.): *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo*. Barcelona: Pasado y Presente, 2012; DEL REY, Fernando (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*. Madrid: Tecnos, 2011; FORCADELL, Carlos; PEIRÓ, Ignacio y YUSTA, Mercedes (eds.): *El pasado en construcción: Revisiones de la historia y revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2015; IZQUIERDO, J. y SÁNCHEZ LEÓN, P.: *La guerra que nos han contado*.

55. Y lo son todavía más cuando se sugiere que los argumentos que ponen el acento en el bienio ricos/pobres y en la desigual distribución de la riqueza «sirven de coartada para justificar la radicalidad del proyecto político de la izquierda republicana y de los socialistas, su intransigencia e, incluso, la violencia ejercida desde las organizaciones políticas y sindicales» de ese signo. Las citas proceden, por este

En realidad, en lugar de eso, y muy lejos de las disparatadas denuncias sobre una supuesta hegemonía de «sectas de materialismo histórico» en una producción historiográfica controlada así «bajo los patrones ideológicos y metodológicos» del otrora dominante «credo marxista»⁵⁶, lo que encuentra quien esto firma es un cuadro bastante diferente. Aunque los hubo, hoy es muy difícil encontrar en la literatura de referencia determinismos socioeconómicos estrechos o la consideración de la política, las ideas y la cultura como epifenómenos o mera espuma histórica. Lo que ha habido más bien es una saludable apertura de los enfoques materialistas y sociales al papel y autonomía de esos factores, tan amplia que el resultado a menudo no queda claro que sea historia social. De hecho, todo indica que, para bien o para mal, ha retrocedido hasta la propia ambición de contextualización social de lo político y lo cultural, y no es para nada arriesgado sugerir que, en términos generales, las condiciones materiales de la reproducción del orden social y político, la contextualización social de la política o los actores colectivos encuentran en ella un espacio menor que antes. A cambio, los relatos más habituales tienden a servirse de una autonomía relativa de las esferas de la política y la cultura y hasta podríamos preguntarnos si no llegan a veces proyectar una suerte de sobredeterminación de los lenguajes y las culturas políticas.

En resumen, no hay ya nada parecido a una agenda de estudio más o menos coordinada ni mucho menos una pretensión holística o de estudio integrado de todo el periodo, sino más bien iniciativas y esfuerzos hasta cierto punto dispersos. Pero el balance no es enteramente pesimista. Aunque a menudo desde versiones minoradas de la historia social e incluso sin reconocerse en esa etiqueta, aquí y allá la inagotable literatura sobre esos años ofrece aún títulos y caminos prometedores como los que estudian la experiencia e identidades de los soldados y milicianos, la vida cotidiana y tensiones sociales en las retaguardias o las representaciones contemporáneas y futuras de la guerra. De igual modo, el estudio de fenómenos y procesos sociales que tienen lugar en el medio y largo plazo aporta claves que permiten retratar mejor el tejido de la sociedad y grupos sociales de la España de los años treinta, como es el caso del ascenso de las clases medias, las relaciones laborales y el trabajo o los procesos de urbanización⁵⁷. Con todo, para

orden, de DEL REY, Fernando: «Introducción». En: *id.* (dir.): *Palabras como puños*, p. 40; ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel y DEL REY, Fernando: «Introducción», en *id.* (eds.): *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos*. Barcelona: RBA, 2012, pp. 11-29 (aquí p. 21); ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel: «¿Para cuando un debate histórico sin prejuicios?», *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*, 36: 1, 2011, pp. 153-157 (aquí p. 154).

56. GORTÁZAR, Guillermo (ed.): *Bajo el dios Augusto. El oficio de historiador ante los guardianes parciales de la historia*. Madrid: Unión Editoria, 2017, *passim* (colaboraciones del editor y de José M. Cuenca Toribio).

57. Véanse, por ejemplo, los trabajos recientes de BEASCOECHEA, José M.^a y OTERO CARVAJAL, Luis E. (eds.): *Las nuevas clases medias urbanas. Transformación y cambio social en España*. Madrid: Catarata, 2015; DÍAZ SIMÓN, Luis: *Los barrios bajos de Madrid., 1880-1936*. Madrid: Catarata, 2016; PALLOL, Rubén y GARCÍA ABAD, Rocío (eds.): *Immigrantes en la Ciudad. Dinámicas demográficas, mercados de trabajo y desarrollo urbano en la España contemporánea*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2017.

no alargar aun más este texto, me limitaré a aludir de modo breve a un número reducido de ellos.

Por un lado, los hay sobre los terrenos ya vistos de la conflictividad y cuestión agraria en los años republicanos, aunque se podría extender al medio urbano y sus conflictos y huelgas, con los bajos salarios, el paro crónico y la competencia entre los sindicatos de clase. Desde luego que, en las zonas rurales y urbanas, hay que completar su análisis con las oportunidades abiertas por la coyuntura política, los discursos y estrategias de los actores políticos y con la percepción y construcción cultural de esas mismas condiciones. Pero tan insuficiente, e injusto, sería tratar de estudiar esos temas sin tenerlas en cuenta o aludiendo solo a lo que podían tener de supuesto desastre económico de la reforma agraria, de construcción discursiva o de argumento legitimador de determinadas políticas y acciones⁵⁸. Por otro lado, algunos trabajos destacan la utilidad de los enfoques sociales en sentido amplio para la experiencia de la retaguardia republicana. En ese sentido, un autor la muestra al hablar del papel de los antagonismos de clase y de la competencia entre diferentes legitimidades y proyectos de orden social —por ejemplo, de cara a participar en la revolución del verano de 1936 y en sus órganos de poder, o en el sentido de frenar la dinámica revolucionaria para reconstruir el Estado republicano—. De igual modo, un libro crucial sobre el anticlericalismo entre 1931 y 1936, exitoso a la hora de indagar en la percepción de los sujetos protagonistas de la violencia anticlerical e iconoclasta, completa los análisis en clave cultural integrando cuestiones como la explotación económica y las clases sociales, entendiendo estas no en un sentido descriptivo sino en términos relacionales y de tensión dialéctica⁵⁹.

Con todo, los terrenos donde mejores frutos se han cosechado son a mi juicio otros tres y, cuestión que merece la pena resaltar, se refieren al franquismo, integrando tanto su fase constitutiva durante el golpe y la guerra como la posguerra. Con ello, entramos por vez primera de modo decidido en la dictadura, que hasta fechas recientes tenía un rol subsidiario como campo de análisis de la historia

58. Incluso quienes se alzan contra los relatos dicotómicos del tipo burgueses vs. obreros afirman que es comprensible que, ante condiciones miserables, muchos abrazaran la idea de una revolución comunista para huir de los «horrores del capitalismo»: RANZATO, Gabriele: *El gran miedo de 1936. Cómo España se precipitó en la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2014 [2011], pp. 13-14. Un amplio balance, en GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo *et al.*: *La Segunda República Española*. Barcelona: Pasado y Presente, 2015, pp. 637-975 y 1111-1149. En ese libro se apuesta por ir más allá de la esfera institucional y atender a las «condiciones políticas, económicas o sociales» de los problemas (*v. gr.* pp. 27 y 1170).

59. POZO, Josep Antoni: *Poder legal y poder real en la Cataluña revolucionaria de 1936. El Gobierno de la Generalidad ante el Comité Central de Milicias Antifascistas y los diversos poderes revolucionarios locales*. Sevilla: Espuela de Plata, 2012; *id.*: *La Catalunya antifeixista. El govern Tarradellas enfront de la crisi política i el conflicte social. Setembre de 1936-abril de 1937*. Barcelona: Dau, 2012; MARTÍN RAMOS, José Luis: *La rereguarda en guerra. Catalunya, 1936-1937*. Barcelona: L'Avenç, 2012; THOMAS, María: *La fe y la furia. Violencia anticlerical popular e iconoclasta en España, 1931-1936*. Granada: Comares, 2014 [2013]. Véase para otras perspectivas sobre la retaguardia OVIEDO, Daniel y PÉREZ-OLIVARES, Alejandro (eds.): *Madrid, una ciudad en guerra (1936-1948)*. Madrid: Catarata, 2016.

social respecto del quinquenio republicano y la propia guerra civil. En el último decenio, cabe decir que esa situación está dando sin duda la vuelta.

En primer lugar, está el tema de las prácticas represivas en la zona franquista y, por extensión, en la posguerra. Aunque aún queda no poco por hacer, mucho se ha hecho desde que la literatura sobre ese tema empezara a caminar hace casi veinte años hacia su «salto cualitativo». Ese salto le llevó a salir del núcleo duro homicida de la entonces llamada «represión franquista» y a interesarse por otras prácticas y mecanismos represivos como el mundo carcelario, los campos de concentración, el castigo económico, los trabajos forzados o las violencias sexuadas. Pero los últimos años han contemplado una suerte de «giro social» en esos estudios, en el sentido de hacer la fotografía de los «infinitos rostros de la represión». De este modo, se está avanzando mucho en la reconstrucción de los actores de la violencia —no solo víctimas, sino también victimarios y el sinfín de posiciones intermedias del resto de las poblaciones— y en la de su capacidad de agencia ante ella. Es cada vez mejor el trazado de las poliédricas lógicas y relaciones que orientaban esas prácticas, empezando por las dinámicas «desde abajo» y denuncias que las nutrían o frenaban, y el de los espacios locales que en buena medida las explican. Se ha hecho mucho hincapié en entender la participación ciudadana en términos relacionales, como parte de una constante interacción con otros grupos y, sobre todo, con el Estado. Y se ha buscado trazar el papel que la violencia pudo desempeñar en la quiebra y reconstrucción de las comunidades locales de posguerra y en cómo las vivieron y afectó a los diferentes grupos sociales. En ese sentido, un modo posible de entender las prácticas punitivas contra los vencidos y la participación en ellos de la población sería verlas como un doble proceso de «desposesión y apropiación»; de trasvase de capital material y simbólico que beneficiaría a las élites locales y reforzaría a esa escala las diferencias sociales anteriores y el desigual acceso a los recursos⁶⁰.

De hecho, la apertura de esa tema al continuum de prácticas y comportamientos violentos o no violentos en esa zona y en la posguerra se acaba emparentando con los otros espacios donde se ha dado un giro social. Se trata de los apoyos sociales al franquismo y de las prácticas de resistencia al mismo régimen. Este último tema tiene a su vez una dimensión más conocida, la de la «guerra de los vencidos», es decir, la resistencia armada de los huidos y guerrilleros, que ha generado buenos trabajos con sensibilidad hacia esos actores anónimos del pasado e interés por relatar su historia sirviéndose de la historia comparada y de la sociología o la

60. Para no retroceder más allá de 2010, véanse, por ejemplo, ANDERSON, Peter: *The Francoist Military Trials. Terror and Complicity, 1939-1945*. Nueva York: Routledge, 2010; GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y MARCO, Jorge: *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)*. Barcelona: Península, 2011; PRADA, Julio (ed.): *Franquismo y represión de género en Galicia*. Madrid: Catarata, 2013; CASANOVA, Julián y CENARRO, Ángela (eds.): *Pagar las culpas. La represión económica en Aragón (1936-1945)*. Barcelona: Crítica, 2014. Lo de apropiación y desposesión, en LANGARITA, Estefanía: «El revés atroz de la medalla». Complicidades, apoyos sociales y construcción de la dictadura franquista en el Aragón de posguerra (1939-1945)». Tesis doctoral. Universidad de Zaragoza, 2016.

antropología. Y tiene otra vinculada a las resistencias cotidianas y calladas propias de los regímenes dictatoriales. Así, sendos estudios sobre Galicia o Almería, ambos muy sólidos, se presentan como estudios de historia social «desde abajo» y los estudian desde posiciones cercanas a la historia de la vida cotidiana alemana, los estudios subalternos y la antropología de Jim Scott. Uno y otro muestran que, aunque menores y a menudo simbólicas, y a pesar de que a medio plazo pudieron suponer la «contaminación» en el lenguaje y cultura de la dictadura, estas formas de resistencia eran también estrategias coherentes para huir de la represión o el hambre, creaban espacios de conflicto semántico y negociación —desigual— de los valores del discurso público e improvisaban un cierto marco de identidad colectiva reconocible y protector de un modo de vida propio⁶¹.

La de la resistencia es una de las posibles actitudes, pero no la única, y se emparenta con el más amplio y complejo terreno de estudio de las actitudes ciudadanas y de los apoyos sociales al franquismo. Como se sabe, no es un tema nuevo y tiene en buena medida su origen en la comparación con los desarrollos más precoces de las historiografías sobre la Italia fascista y la Alemania nazi. Su despegue para el caso español se daría entre finales del siglo pasado y primeros años de este, con trabajos que se preguntaban por lo que pudo llevar a importantes sectores de la población a apoyar la sublevación y el régimen resultante⁶². La idea de fondo era que el franquismo no se pudo constituir únicamente sobre el terror, sino que el secreto de su instauración y duración se encontraría en haber sabido encontrar y urdir interacciones con una parte de la población que les podían resultar mutuamente beneficiosas, y se vincula de este modo a otra cuestión fundamental en el estudio del régimen franquista como es su construcción desde abajo. A partir de ahí, la investigación reciente ha perfilado mejor las redes sociales, experiencias, intereses y valores —entre otros el de la propiedad, que se creía amenazada, o la divisoria entre amigos y enemigos— que llevarían a quienes los compartían a abrazar y defender la «comunidad nacional» y a fidelizarse con la Victoria. Se ha tratado de seguir la pista de los variados, cambiantes y contradictorios comportamientos

61. RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar J.: *Migas con miedo. Prácticas de resistencia al primer franquismo. Almería 1939-1953*. Almería: Universidad de Almería, 2008; *Id.* (ed.): *El Franquismo desde los márgenes. Campesinos, mujeres, delatores, menores...* Lleida: Universitat de Lleida. Universidad de Almería, 2013; CABANA, Ana: *La derrota de lo épico*. Valencia: Universitat de València, 2013. Véase también MURILLO, Irene: *En defensa de mi bogar y mi pan. Estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013. Para la resistencia armada, véanse MARCO, Jorge: *Hijos de una guerra. Los Hermanos Quero y la resistencia antifranquista*. Granada: La Vela, 2010; *id.*: *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista*. Granada: Comares, Granada, 2012. ANTES YUSTA, Mercedes: *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939-1952)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.

62. SAZ, Ismael y GÓMEZ RODA, Alberto: *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*. Valencia: Epísteme, 1999; CAZORLA, Antonio: «Sobre el primer franquismo y la extensión de su apoyo popular», *Historia y Política*, 8, 2002, pp. 303-320; COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA, Teresa: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*. Granada: Universidad de Granada, 2005, pp. 37-38.

y actitudes individuales y colectivos de las gentes que vivieron bajo la dictadura desde el propio golpe militar —mucho más que consenso o resistencia—. Y ha descubierto que las actitudes sociales estaban condicionadas no por una única causa, sino por una pluralidad de factores. Factores como la huella dejada por la guerra y su violencia, los equilibrios locales, los espacios de sociabilidad informal, las culturas políticas anteriormente interiorizadas o la propia experiencia de una posguerra de vencedores y vencidos que para unos era una nueva cotidianidad asumible y para otros un presente de penurias y exclusión y sin apenas futuro⁶³.

7. CIERRE

Un diagnóstico pesimista abundaría en la idea de que tampoco la historia social tiene mucho futuro. Retomando la frase de Hobsbawm, parecería que no es el mejor momento para ser historiador de la crisis de los años treinta. Pero tal vez no sea así. Y, en todo caso, merece la pena mirar atrás y recordar lo que fue y cuándo dejó de serlo. Quizá no sea necesario expresarlo en los términos de Michel de Certeau, para quien, en su evolución, la institución historiográfica vuelve posibles algunas investigaciones, gracias a coyunturas y problemas comunes, «pero a otras las vuelve imposibles» y desempeña el papel «de una censura en lo referente a los postulados presentes (sociales, económicos, políticos)». Pero ese relegamiento de conceptos y factores se ha hecho tal que cabría preguntarse si no constituyen lo que los nuevos enfoques desplazan y reprimen. Hablando precisamente de los vaivenes de la escritura histórica en clave de clases sociales, dos autores británicos expresan algo parecido. Según ellos, como todas las historias fuertemente centradas, las pretensiones de la historia social basada en clases «necesitaban silenciar y marginar otras, y desestimar o desplazar a todos los actores e historias que no fueran fáciles de asimilar» en los términos fundamentales de su relato⁶⁴. Ahora estaría sucediendo lo mismo con ella.

63. CABANA, Ana: *Xente de orde. O consentimento cara ao franquismo en Galicia*. A Coruña: TresCres Editores, 2009; COBO ROMERO, FRANCISCO y DEL ARCO, Miguel Ángel (ed.): «Dosier: Los apoyos sociales al franquismo en perspectiva comparada», *Historia Social*, 71, 2011; DEL ARCO, Miguel Ángel et al.: *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista, 1936-1977*. Granada: Comares, 2013; HERNÁNDEZ, Claudio: *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*. Granada: Universidad de Granada, 2013; FERNÁNDEZ PRIETO, LOURENZO y ARTIAGA, AURORA: *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*. Madrid: Catarata, 2014; PRADA, Julio et al.: *No solo represión. La construcción del franquismo en Galicia*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2015; MÍGUEZ MACHO, Antonio (ed.): *Ni verdugos ni víctimas: actitudes sociales ante la violencia, del franquismo a la dictadura argentina*. Granada: Comares, 2016; ANDERSON, Peter: *¿Amigo o enemigo? Ocupación, colaboración y violencia selectiva en la guerra civil española*. Granada: Comares, 2017.

64. ELEY, G. y NIELD, K.: *El futuro de la clase*, pp. 9-10 y el entrecomillado en p. 24. Una contextualización de la cuestión, en CASANOVA, J.: *La historia social*, pp. 119-132. Lo anterior, en DE CERTEAU, Michel: *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993 [1975], p. 81.

Sea o no así, el balance de todo lo aquí visto sugiere que, con el abandono de los enfoques sociales en sus diferentes acepciones, estamos perdiendo quizá algunas claves de análisis que, sometidas a la necesaria crítica, podrían seguir siendo útiles al armar relatos significativos sobre la década de 1930 y la primera posguerra. No se trataría de regresar sin más a cómo se escribía tiempo atrás. Hoy casi nadie defendería o sería reo de tales cosas y con seguridad la estigmatización de la historia social clásica se ha hecho «con base en fantasmas historiográficos más ficticios que reales». Para nada se propone un uso fosilizado de las categorías o convertir las metáforas en leyes de hierro. El camino pasaría desde luego por dejar atrás mecanicismos ramplones como el que veía en la política una mera superficie y reflejo de una realidad subyacente y objetiva que determinaría sin más la religión, la cultura o las ideas. Tampoco se trataría de tirar por la borda lo que han aportado otras miradas y enfoques, sino de buscar espacios de colaboración, diálogo e incluso confluencia entre diferentes modos de hacer historia como la social y la cultural, para así aprovechar los resultados de cada una de ellas y la oportunidad de eso ofrece⁶⁵.

Ahora bien, eso no quiere decir esconderse sin más en soluciones eclécticas atrapaotodo configuradas al albur de las modas. La idea que se defiende aquí es que, como muestran los temas en auge en la historiografía del primer franquismo que acabamos de ver, el enfoque social puede ser aún muy útil a pesar de todo. Liberado de vicios pasados, y con pretensiones menos totalizadoras que otrora, no parece necesario hacer profesión de fe ninguna para considerar que tiene un espacio en el estudio de periodos como la República, la guerra civil y su posguerra. Despojado de su posible carga de teleología, puede ser eficaz para combatir las tentaciones teleológicas de otros enfoques y teorías como la de la modernización o, de modo más sutil, los relatos que ven en el tracto República, guerra y franquismo un mero paréntesis en la marcha hacia la democracia que llevaría de 1808 a 1978. De igual modo, sin él, parece más difícil identificar y representar el conflicto social, la acción colectiva, la explotación y las desigualdades sociales que sufría buena parte de la población de los años treinta y cuarenta al margen de cómo las nombraran y se sirvieran de ellas los actores políticos en sus discursos y prácticas.

La Segunda República, la guerra del 36 y la primera posguerra seguirán despertando la atención de sus espectadores futuros y al mismo tiempo escurriéndose entre los dedos de nuestras formas de estudiarlos y relatarlos. Ningún enfoque pasado o presente puede ser la fórmula mágica para afrontar todas las controversias y problemas de esa tarea, desde luego tampoco la historia social. Está claro además que las coordenadas de cada tiempo determinan las condiciones de posibilidad y aceptación de unos u otros relatos y perspectivas. Ahora bien, no parece inútil

65. ELEY, G. y NIELD, K.: *El futuro de la clase*; ELEY, Geoff: *Una línea torcida. de la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia: Universitat de València, 2008, pp. 293-297. El entrecomillado sobre los fantasmas, en NÚÑEZ SEIXAS, Xosé-Manoel: «La historia social ante el dominio de la historia cultural: Algunas reflexiones», *Historia Social*, 60, 2008, pp. 177-184 (aquí p. 183).

preguntarse si no se habrá ido demasiado lejos en su abandono y si recuperar algo de ella de manera crítica no podría añadir o recuperar algo al conocimiento sobre un periodo como el de 1931-1945. Hay pruebas que sugieren que sí. Y del mismo modo que su pasada gloria pudo fomentar mimetismos y simplificaciones, partiendo de su situación actual de relativa retirada quizá aportara algo de la renovación, interrogación crítica y audacia de las que suelen acabar careciendo los enfoques que ocupan el centro de la práctica académica. Los días pueden llevarnos en esa dirección o en otras muy opuestas, pero tiene sentido al menos plantearse la pregunta por si nos sirve para pensar sobre nuestra praxis como intérpretes del pasado, en este caso el de los años treinta y primeros cuarenta del siglo xx.